

ACTUAL

70 2014



**Un relato sobre
identidad y vida
buena en Andalucía**



Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA

LA FUNDACIÓN CENTRO DE ESTUDIOS ANDALUCES ES UNA ENTIDAD DE CARÁCTER CIENTÍFICO Y CULTURAL, SIN ÁNIMO DE LUCRO, ADSCRITA A LA CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA. ENTRE NUESTROS OBJETIVOS FUNDACIONALES SE ESTABLECEN EL FOMENTO DE LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA, LA GENERACIÓN DE CONOCIMIENTO SOBRE LA REALIDAD SOCIAL, ECONÓMICA Y CULTURAL DE ANDALUCÍA Y LA DIFUSIÓN DE SUS RESULTADOS EN BENEFICIO DE TODA LA SOCIEDAD.

NUESTRO COMPROMISO CON EL PROGRESO DE ANDALUCÍA NOS IMPULSA A LA CREACIÓN DE ESPACIOS DE INTERCAMBIO DE CONOCIMIENTO CON LA COMUNIDAD CIENTÍFICA E INTELLECTUAL Y CON LA CIUDADANÍA EN GENERAL, Y A LA COLABORACIÓN ACTIVA CON LAS INSTITUCIONES PÚBLICAS Y PRIVADAS QUE INFLUYEN EN EL DESARROLLO DE LA COMUNIDAD AUTÓNOMA.

LA COLECCIÓN ACTUALIDAD FORMA PARTE DEL CATÁLOGO DE PUBLICACIONES CIENTÍFICAS DE LA FUNDACIÓN Y ESTÁ DESTINADA TANTO AL LECTOR ESPECIALIZADO COMO A LA OPINIÓN PÚBLICA EN GENERAL. CADA UNA DE SUS EDICIONES SE ESTRUCTURA COMO INFORMES MONOGRÁFICOS PARA EL FOMENTO DE LA REFLEXIÓN Y EL ANÁLISIS SOBRE ASPECTOS DE RELEVANCIA PARA LA SOCIEDAD ANDALUZA DEL SIGLO XXI.

LAS OPINIONES PUBLICADAS POR LOS AUTORES EN ESTA COLECCIÓN SON DE SU EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD.

© Del texto: Manuel Pérez Yruela, 2014

© Marzo de 2014. Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces

Bailén 50, 41001 Sevilla.

Tel.: 955 055 210. Fax: 955 055 211

www.centrodeestudiosandaluces.es

Depósito Legal: SE-1688-05

I.S.S.N.: 1699-8294

Ejemplar Gratuito. Prohibida su venta.



Un relato sobre identidad y vida buena en Andalucía

MANUEL PÉREZ YRUELA

Instituto de Estudios Sociales Avanzados. CSIC

ÍNDICE

1. Introducción	7
2. La tesis de la normalización y sus límites	11
3. La construcción social de la identidad	16
4. La vida corriente y el arte de vivir	19
5. Identidad, clave cívica y cultura política	26
6. Conclusiones	32
7. Notas	34

1. Introducción

El objetivo de este trabajo es doble: primero, ofrecer una reflexión sobre la identidad en Andalucía teniendo en cuenta los cambios que ha experimentado en las últimas décadas; segundo, analizar la percepción y la disposición de los ciudadanos sobre algunos aspectos relacionados con la idea de vida buena, que forman parte de la identidad y condicionan la acción individual y colectiva que puede derivarse de ella. La complejidad de ambos temas requiere de una explicación de cómo se entienden y utilizan a lo largo del texto. Se trata de expresar el marco de referencia teórico y conceptual que justifica un relato como el que aquí se va a proponer que, por otra parte, no pretende ser más que una aproximación a una cuestión no suficientemente analizada.

1.1. Sobre la identidad

La identidad es una categoría analítica compleja, difícil incluso de definir¹, que en las últimas décadas ha dado lugar a un debate importante en las ciencias sociales, estimulado por la reacción ante algunos cambios de largo alcance². Entre estos cambios³ pueden citarse, primero, los efectos culturalmente homogeneizadores del gran discurso modernizador-globalizador, soporte de la economía liberal de mercado, al que se están incorporando cada vez más sociedades nacionales, que amenaza con desplazar a las identidades singulares cuyos rasgos no coinciden o no son compatibles con los requisitos culturales de este proceso dominante.

Segundo, la quiebra de la concepción estructural de la identidad, que anunciaba la posibilidad de identidades universales, especialmente la de clase social, como una vía privilegiada para la acción política y la defensa de los intereses de la mayoría. Al mismo tiempo, la afirmación de una identidad cada vez más universal, la de ciudadanía, asociada al reconocimiento de los derechos humanos, que se expande en los lugares donde se reconoce de una manera digna y civilizada.

Tercero, las dificultades que tenemos los ciudadanos para la construcción de la identidad en un contexto de racionalidad instrumental y razón desvinculada (autonomía personal para decidir frente a los vínculos creados por la tradición o la presión social) propio de la modernidad, que ha vaciado de contenido las identidades forjadas en vínculos comunitarios de proximidad propios de las sociedades tradicionales.

Cuarto, la paradoja de que, pese a las tendencias anteriores, hayan seguido apareciendo fenómenos sociales para cuyo análisis y explicación hay que re-

currir a la categoría analítica de identidad. Entre ellos pueden citarse los denominados nuevos movimientos sociales (feminismo, ecologismo, pacifismo o los basados en la concepción étnica o racial de la identidad), la presencia del nacionalismo en distintos lugares tanto en los países occidentales (Bélgica, Canadá, España, Reino Unido...) como en los países de la órbita de la extinta Unión Soviética (países bálticos, países balcánicos...) y la presencia de numerosas expresiones identitarias particulares o locales a través de la cultura y de la acción política.

Uno de los resultados de este debate sobre el que hay más acuerdo es el de desechar la visión esencialista de la identidad formulada desde una perspectiva idealista o romántica, que postula una identidad vinculada a los sentimientos de pertenencia a una comunidad, un pueblo, al que se atribuyen rasgos primordiales, originarios, generalmente asociados a aspectos inmateriales (etnicidad, carácter, cultura, tradiciones, territorio) que constituyen la esencia de la identidad colectiva a la que se pertenece y de la que se participa⁴. En cambio, se ha abierto paso una concepción de la identidad que sin perjuicio de la de ciudadanía, reconoce su carácter múltiple, fragmentado, fluido y en permanente transformación y adaptación al contexto relacional en el que se desarrolla. Una concepción que rechaza las atribuciones esencialistas e idealistas y que propone, además, que el debate sobre los rasgos identitarios se apoye en una base de evidencia empírica suficiente.

Esto ha tenido efectos prácticos importantes. Ha contribuido a hacer visibles las singularidades de la identidad de determinados grupos que en el contexto de las tendencias uniformadoras dominantes ya citadas, no habrían obtenido el reconocimiento necesario para hacer valer sus aspiraciones. También ha permitido poner el énfasis en las diferencias que se pueden observar en materia de identidad entre grupos sociales que interactúan en el contexto

La identidad es una categoría analítica compleja, que en las últimas décadas ha generado un debate importante en las ciencias sociales, estimulado por la reacción ante algunos cambios de largo alcance, como los efectos culturalmente homogeneizadores del gran discurso modernizador-globalizador, soporte de la economía liberal de mercado

de esos procesos universalizadores y trasladarlas a la acción política. Inicialmente sirvieron sobre todo para articular la expresión de demandas de grupos como mujeres, gentes de color, grupos religiosos minoritarios o minorías étnicas. Esto ha hecho que la política de la identidad⁵ se haya venido identificando sobre todo con este tipo de diferencias. Sin embargo, también ha abierto la posibilidad de que pueda extenderse a diferencias distintas (territoriales, económicas, culturales...) cuyo reconocimiento demanden los grupos afectados para que sus aspiraciones sean tenidas en cuenta en el ámbito en el que se resuelvan. Un ejemplo de una situación como ésta es el modelo español de Estado de las Autonomías, en el que las comunidades que lo forman pugnan por obtener el reconocimiento a sus diferencias y por alcanzar los efectos políticos y económicos o de otra índole que tal reconocimiento pudiera tener para cada una de ellas.

En suma, la política de la identidad ha hecho más visible la tensión entre uniformidad y diversidad en un mundo globalizado en el que prevalecen tendencias culturales y económicas dominantes. Igualmente ha hecho visible la forma en que las comunidades, teniendo en cuenta esas diferencias, buscan su acomodo en él a través de la acción social y política⁶. Esto es relevante a efecto del sentido en que se utiliza la noción de identidad para explicar la acción social y política⁷. La identidad se entiende como la base en la que se sustenta la acción social y política que está más guiada por criterios particularistas relacionados con el significado que la identidad tiene para quienes la comparten que por las motivaciones instrumentales o materiales supuestamente universalistas de los meros intereses personales o grupales. Hay quienes sostienen que los intereses, las normas y los valores siguen siendo las variables que mejor explican la acción colectiva⁸. Pero en una visión no esencialista de la identidad es posible que formen parte de ella elementos simbólicos de pertenencia y también intereses compartidos a los que se llega por un proceso a la vez simbólico y racional de construcción social. En este proceso interviene el cálculo de las ventajas comparativas materiales y de otro tipo a que puede dar lugar llevar la identidad hasta sus últimas consecuencias políticas⁹. En el debate actual sobre procesos soberanistas como el de Cataluña o Escocia es muy difícil separar la invocación de aspectos simbólicos de la identidad nacional de la invocación de expectativas de mejora económica si consiguen la independencia. Ambos aspectos se refuerzan.

Junto a este debate se ha abierto paso un enfoque que propone analizar la identidad a partir de los relatos, o las narraciones, a través de las que se van articulando y dotando de sentido a los datos de la experiencia individual y colectiva, construyendo los contenidos de la identidad. En la concepción no esencialista, un objetivo importante de estos relatos es hacer visibles las diferencias que tienen respecto de relatos más amplios y uniformadores con los que conviven y de los que participan porque están en su espacio relacional. La importancia del relato identitario es que permite explicar la acción

a partir de la visión construida por el sujeto de las relaciones culturales y estructurales en las que está enraizado y no por las motivaciones supuestamente objetivas que se le imputan desde fuera¹⁰.

Hay relatos identitarios individuales, subjetivos, que pueden llegar a ser compartidos hasta el punto de formar por agregación un relato colectivo. En ellos es muy importante la experiencia de la «vida corriente»¹¹ y la «clave cívica», esto es, el conjunto de arreglos institucionales, comportamientos, tradiciones y rutinas socialmente construidos a lo largo del tiempo que forman la identidad, orientan la conducta y mantienen los límites de la comunidad sin mencionarlos¹². Hay también relatos públicos que se predicán de un colectivo por parte de determinados actores (analistas, observadores, investigadores, políticos...) que acaban influyendo y condicionando los relatos subjetivos y la acción colectiva. Se convierten en marcos de referencia a los que se adhieren los sujetos en función del grado de confianza o credibilidad que les merezcan.

El proceso de construcción social de la identidad es un proceso interactivo entre los relatos subjetivos y los relatos públicos. En ambos casos se supone el carácter relacional del proceso de construcción por el que se forman las identidades, que tiene en cuenta la situación del colectivo respecto a los otros que forman su ámbito de relaciones. En este sentido, identidad es resultado de un doble proceso de construcción social: el que tiene lugar a través de lo que acabamos de denominar «vida corriente» y «clave cívica» y el que tiene lugar a través de la acción política que trata de movilizar a la sociedad a través de la identidad, que no pueden ser independientes. Por ello, entre ambos procesos tiene que haber un grado de compatibilidad suficiente.

Identidad es resultado de un doble proceso de construcción social: el que tiene lugar a través de lo que acabamos de denominar «vida corriente» y «clave cívica» y el que tiene lugar a través de la acción política que trata de movilizar a la sociedad a través de la identidad, que no pueden ser independientes

1.2. Sobre la vida buena

Si, como hemos dicho, la identidad es una construcción social, parte de la identidad individual y colectiva hay que buscarla en la idea que tenemos de la vida buena, ya que la forma de vida es una parte importante de ella¹³. Esta noción es igualmente difícil de definir tanto por la amplitud de su campo de aplicación como por su complejidad. Se refiere a la visión del tipo de vida que merece la pena vivirse para alcanzar el bienestar o la felicidad, o para sentirnos bien en la situación en la que nos toca vivir. La vida buena puede verse como un objetivo que hace referencia a un bien y a un ideal moral. En la práctica, es el resultado del proceso de adaptación por el cual se alcanza el grado de felicidad o bienestar que es compatible con aquella situación. En este último sentido, la vida buena es el resultado del proceso de construcción social de la forma de vida que en cada momento cristaliza mediante la interacción de la vida buena como objetivo y la vida buena como posibilidad. Es la cristalización de la forma de vida a la que a veces nos referimos como *arte de vivir*, para expresar así las peculiaridades y las diferencias que surgen en ese proceso de adaptación que es el arte de vivir. Este es un proceso en el que han ido influyendo, por un lado, las diversas formas de concebir la vida buena, procedentes de propuestas filosóficas, prescripciones religiosas y cosmovisiones ideológicas, que se han ido acumulando y mezclando a lo largo del tiempo. Por otro, han influido las condiciones de vida en cuyo contexto histórico cambiante ha ido teniendo lugar el proceso de cristalización al que antes nos hemos referido.

La respuesta a cuáles son los rasgos de la vida buena ha sido una de las tareas principales de la filosofía desde que en la Grecia clásica se iniciara el debate sobre este tema, cuyo legado sigue en los debates actuales. Es un legado que aporta ideas diferentes de la vida buena, sobre las que todavía seguimos discutiendo, cuya práctica se puede encontrar presente en proporciones diversas en las sociedades actuales. Hay en este legado una idea exigente y en cierto sentido elitista de la vida buena, que sólo está al alcance de unos pocos. Es el legado aristotélico, en el que la vida buena es posible si además de disponer de ciertas condiciones materiales externas y cualidades personales se vive de acuerdo con la razón, que debe servir para el desarrollo de la virtud y el logro de la excelencia a la que el ejercicio de la razón conduce¹⁴.

Hay una idea de la vida buena menos exigente, el epicureísmo, basada en la búsqueda del placer y la evitación del dolor, que no es ajena a la importancia del papel que la razón debe tener en ella. El epicureísmo sostiene una idea de placer que no debe confundirse con la visión vulgar de los placeres materiales inmediatos, más propia del hedonismo. El placer es sobre todo ausencia de dolor corporal, búsqueda de la tranquilidad y ausencia de miedo. También es fuente importante de placer el diálogo y la relación con los demás. Todo esto se alcanza a través de una vida modesta, dedicada al

conocimiento del entorno y de los límites del placer, renunciando a aquello cuya búsqueda puede producir finalmente más dolor que placer y a la satisfacción de deseos no necesarios que pueden conducir a ese resultado. Para el epicureísmo, las actividades más placenteras son las que se derivan del uso de la razón y el conocimiento.

Hay también un concepto de la vida buena pasivo y resignado, el estoicismo, que no busca tanto el ejercicio de la virtud o del placer, sino el vivir sólo de acuerdo con la virtud sin necesidad de bienes materiales, o sin depender de ellos, y vivir de acuerdo con la naturaleza, a la que se supone regida por un orden cósmico inalterable. Conocer este orden y vivir de acuerdo con él significa aceptarlo sin pretender cambiar su curso y resignarse a sus designios cualesquiera que sean. El estoicismo se ha interpretado también como una reacción a la incertidumbre sobre el futuro, que se apodera de los hombres en tiempos de mudanza y crisis. Es una concepción de la vida buena, se ha dicho, para tiempos difíciles¹⁵.

La vigencia de todas estas ideas sobre la vida buena es tal que parte de ellas, especialmente las aristotélicas, se ha reformulado por las ciencias sociales en la actualidad, adaptándola a las técnicas modernas de medición social¹⁶.

Nuestra cultura está además profundamente influida por la idea de vida buena del cristianismo. Para el cristianismo, la vida buena es la que se orienta hacia la salvación mediante la expiación durante la vida del pecado original con el que se nace. Se trata de una visión no orientada hacia la felicidad terrenal, que es una mera apariencia, una ilusión, que puede apartar de la búsqueda de la verdadera felicidad que sólo se encuentra en el cielo tras la muerte. El sufrimiento, la vida como valle de lágrimas, tiene una importancia especial porque es parte de la expiación del pecado de origen. Es una visión de la vida buena en la que la resignación ante la adversidad, la aceptación del dolor y el sufrimiento como un designio divino, son parte del camino de salvación. Es una visión que comparte aspectos importantes con la resignación y la pasividad del estoicismo.

La reforma protestante, especialmente el calvinismo y el puritanismo, endureció la idea de vida buena del cristianismo, rechazando la corrupción de la iglesia y las conductas asociadas a ella (hipocresía en la observancia de la religión y aprecio desmesurado por la riqueza y buena vida) y la excesiva facilidad que suponía para seguir cometiendo pecados el hecho de que pudieran perdonarse y recuperar así la gracia. Frente a esto proponía el ascetismo como el ideal de vida buena. Un ascetismo que predicaba la entrega al trabajo en la profesión de cada uno como la mejor forma de desarrollar la virtud, y que veía bien la acumulación de dinero como resultado de la dedicación al trabajo, pero no justificaba la ostentación ni el lujo sino un uso austero de la riqueza así obtenida. Al mismo tiempo, a diferencia del cristianismo, no justificaba el dejar de trabajar cuando se disponía de riqueza suficiente para hacerlo ni ponía reparos al préstamo del dinero con interés,

ya que lo consideraba como un bien tan digno como cualquier otro de ser retribuido cuando se prestaba. Max Weber expuso de forma convincente cómo esta ética religiosa, y no el simple apego a los bienes materiales, es la que mejor explica el desarrollo del capitalismo en los países donde primero se expandió, porque según él coincidía con el espíritu que requiere esta forma de empresa: entrega al trabajo, racionalidad económica, austeridad personal y beneficio económico como reflejo de todo ello¹⁷.

Reconocía que el mayor obstáculo para la práctica del modelo capitalista era la idea de vida buena del tradicionalismo, a lo que se refería como: «lo que el hombre quiere por naturaleza no es ganar más dinero, sino vivir pura y simplemente, como siempre ha vivido, y ganar lo necesario para seguir viviendo». Frente a la motivación incesante por el lucro, cuyos resultados iban más allá de las necesidades, el tradicionalismo representaba un sistema de economía de mera satisfacción de las necesidades. No obstante, pronosticó que el capitalismo se acabaría imponiendo al tradicionalismo y, una vez afianzado, obligaría a todos, empresarios y trabajadores, a la práctica de esa forma de vida racional, calculadora y productiva, sin necesidad de que ello respondiera a aquella ética que lo impulsó, ya que para entonces se habría convertido en una exigencia del sistema que hay que acatar para no ser expulsado de él.

Ha habido otra versión de la vida buena en la modernidad que arranca con la Ilustración y con los primeros avances científicos que permitieron a la humanidad liberarse de enfermedades, hambrunas y sufrimientos que hasta entonces habían sido endémicos. Una idea de vida buena que niega el valor del dolor, el sufrimiento y la escasez como parte inevitable de la vida, y que afirma la posibilidad del derecho a la felicidad. Esta idea empieza con la declaración del derecho a la felicidad en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (agosto de 1789), que se recoge también en el preámbulo de la Constitución de los Estados Unidos y en la Constitución Política de la Monarquía Española (Cádiz, 1812). Esta promesa de vida buena se ha ido construyendo desde entonces, con no pocas dificultades, mediante la creación de las condiciones externas e internas que la han hecho posible. Se ha alcanzado por la confluencia de varios procesos: el reconocimiento del derecho a la felicidad y los derechos humanos; el desarrollo científico-técnico que ha posibilitado el avance en la salud y en la producción de bienes materiales; el crecimiento económico basado en un modelo de conducta empresarial como el antes descrito; y un sistema de gobierno democrático que ha favorecido, en mayor o menor grado, la redistribución, la satisfacción de derechos sociales (educación, salud y protección social) y la atención a problemas colectivos (ordenación del territorio, ordenación urbana, medio ambiente...).

Hemos accedido a un nivel de bienestar en cuyo origen están el ascetismo, la entrega al trabajo, la austeridad, la satisfacción diferida, el conocimiento, la implicación ciudadana en la política, las luchas y conflictos sociales y la de-

fensa de los derechos políticos, civiles y sociales. Su desarrollo, no obstante, ha acabado produciendo un modelo de vida buena en la que se cree que el bienestar es algo dado que no puede retroceder, que olvida con frecuencia la fragilidad del bien conseguido y el enorme esfuerzo social que hay tras él. Es una idea de la felicidad que ha pasado de ser un derecho que sólo se puede satisfacer con las limitaciones propias de un bien tan escaso y frágil, a ser casi una obligación que se persigue de manera compulsiva a través del consumo y la satisfacción inmediata de los deseos, como grandes hacedores de la felicidad. Una idea de la felicidad que no está preparada para convivir con las fuentes de la infelicidad que el hombre no ha conseguido secar y cegar.

La idea de vida buena actual se basa en gran medida en esta insaciabilidad del consumo, de los deseos y del dinero que se necesita para ello, en la ignorancia de los efectos perversos que esto tiene para la vida individual y colectiva y en las dificultades para saber convivir con los no pocos aspectos de la vida que no encajan con ese modelo de enajenamiento supuestamente feliz. La actual crisis económica es un buen ejemplo de cómo esta insaciabilidad que todos hemos alimentado, aunque sea cierto que unos más que otros, ha acabado en sufrimiento y desolación para muchos que creían haber alcanzado la felicidad. Esta idea de la vida buena y feliz se ha extendido y enraizado tanto que difícilmente podemos imaginar una vida así sin estos ingredientes. Un modelo que, por otra parte, es necesario para que la máquina del capitalismo y la economía de mercado puedan seguir funcionando.

En la actualidad, la idea de vida buena dominante en los países de mayor desarrollo económico es una mezcla de diversos aspectos de los legados anteriores. Por una parte, es un legado de las actitudes de los inicios del espíritu del capitalismo, hoy depuradas de lo innecesario, secularizadas y convertidas en rutina; por otra, de actitudes hedonistas y consumistas que demandan una satisfacción inmediata de deseos; finalmente, por una relativa fe en la ciencia y la tecnología como recurso de última instancia para resolver los problemas de crecimiento y sostenibilidad que intuimos que tiene el modelo en el que vivimos, y a lo que nos cuesta trabajo enfrentarnos. Al mismo tiempo, pueden encontrarse también en él trazas más o menos persistentes de tradicionalismo económico, estoicismo y ascetismo en diversos países y grupos sociales.

Hay quienes tratan de que, frente a esta idea dominante de la vida buena, se abra paso un debate que ponga de manifiesto sus contradicciones para garantizar lo que promete y la infelicidad que crea. Un debate sobre los límites de la insaciabilidad del consumo y sobre la posibilidad de que la cultura y la reflexividad social puedan civilizar este impulso. Es un debate al que no le resulta fácil hacerse oír en las condiciones actuales¹⁹.

La idea de analizar la sociedad andaluza desde esta doble perspectiva surge de la constatación de dos características importantes que dan sentido a este enfoque. Primero, durante bastante tiempo se creó una imagen de la identidad andaluza basada en tópicos, exageraciones y simplificaciones, que la presentaba como algo esencialmente distinto y exótico respecto de los países de su área española y europea de referencia²⁰. Una imagen que podía representar un ideal de vida para aquellos países en los que la expansión del capitalismo y sus exigencias había impuesto una realidad fría y dura muy alejada del atractivo romántico y apasionado atribuido a esta sociedad del sur. Otros relatos históricos se encargaron pronto de desvelar que esa imagen estaba lejos de la realidad de Andalucía y de sus problemas. Los cambios posteriormente ocurridos, especialmente en las últimas décadas, han hecho que la imagen de Andalucía se haya normalizado y se la considere como una sociedad más parecida que distinta de aquellas de su entorno de referencia. Segundo, pese a estos cambios, Andalucía tiene singularidades socioeconómicas, culturales, históricas y geográficas que han hecho que, tanto en relatos subjetivos como públicos, se haya desarrollado un sentido de identidad, de rasgos compartidos y de pertenencia, percibido también desde el exterior. Estos rasgos presentan ciertas diferencias respecto a las pautas dominantes del discurso modernizador-globalizador con el que tiene que convivir. Conviene identificar y analizar esas diferencias para desarrollar una política de la identidad que las tenga en cuenta, para lograr el mejor acomodo posible de Andalucía en aquél proceso del que ya es parte.

El modelo de vida buena actual se basa en una idea de la felicidad que ha pasado de ser un derecho que sólo se puede satisfacer con las limitaciones propias de un bien tan escaso y frágil, a ser casi una obligación que se persigue de manera compulsiva a través del consumo y la satisfacción inmediata de los deseos, como grandes hacedores de la felicidad

2. La tesis de la normalización y sus límites

Por *tesis de la normalización* entiendo la idea cada vez más asumida y extendida de que Andalucía ha dejado de ser una excepción en el contexto de su entorno español y europeo, respecto al que tenía características tan distintas y distantes que justificaban esa consideración de excepcionalidad. Por el contrario, se ha convertido en una comunidad con problemas y rasgos más o menos similares a los de otras comunidades de su entorno español y europeo²¹. Esta idea supone un giro en la concepción de la identidad andaluza basada en esa excepcionalidad y convoca a la necesaria tarea de modificar sustancialmente el relato identitario tradicional.

Al comienzo del siglo XXI se puede decir que han quedado atrás las dos ideas sobre Andalucía que más habían contribuido a crear su imagen exterior e influir en la identidad sentida por los andaluces. Por un lado, la idea de Andalucía construida a través de la literatura, que inventó la imagen orientalizante, exótica, agitanada, flamenca, pasional, alegre y más proclive a exaltar la vida que el esfuerzo, por utilizar sólo unos pocos de los muchos adjetivos que podría utilizarse para describir esa imagen. Por otro, la idea, que también se remonta a muchos años atrás, de la Andalucía latifundista, pobre, desigual, inculta, subdesarrollada, resignada, pasiva, pero a la vez acogedora de las primeras ideas revolucionarias del anarquismo, el comunismo y el socialismo, capaz de desarrollar una conflictividad social que asombró a los observadores del momento.

Ambas ideas han quedado atrás porque Andalucía ha experimentado un cambio, concentrado en las tres últimas décadas, que ha afectado a casi todos los aspectos. Los más visibles son sin duda los cambios materiales, concretados en las infraestructuras, los equipamientos y los servicios públicos. Los cambios no han sido menos en los aspectos sociales y culturales, aunque resulte más difícil aprehenderlos y haya que hacer un esfuerzo mayor para percibirlos.

No obstante, este proceso de cambio ha tenido algunas peculiaridades que conviene señalar. El caso andaluz constituye, por varios motivos, un ejemplo singular de cambio social, político y económico. Ha sido un proceso acelerado que, aun habiéndose producido en su conjunto en un período amplio que puede estimarse en algo más de medio siglo, las fases más importantes se han concentrado en poco más de dos décadas.

Los cambios con estas características suelen estar rodeados de dificultades específicas. La primera es que lo que se hace de prisa no siempre se puede hacer todo lo bien que sería deseable. La segunda, es que no todas las dimensiones del cambio pueden discurrir con la misma velocidad ni, por la rapidez general del proceso, tienen el tiempo que necesitan para madurar. La tercera es que, dadas las difíciles condiciones de las que se partía al iniciar el cambio, no era fácil en tan poco tiempo normalizar todas las situaciones.

Este proceso de cambio ha supuesto una ruptura importante del modelo preexistente y el afloramiento de los comienzos de otro nuevo que todavía no se ha perfilado del todo. Por ello, se trata de un proceso complejo, a veces inacabado, sobre el que se proyectan todavía secuelas y efectos del pasado que condicionan el presente y comprometen el futuro. Son aspectos que han limitado algunas dimensiones del proceso de normalización.

Uno de los cambios más importantes se ha producido en la estructura económica y social al pasar Andalucía de ser una sociedad agraria con predominio del latifundio, a ser una sociedad de servicios, entre los que predominan los servicios públicos especialmente y los relacionados en el comercio y la hostelería. Hasta principios de los sesenta del siglo pasado, Andalucía permanecía anclada en ese modelo tradicional de estructura económica y social, que arranca de siglos atrás, basado en una economía fundamentalmente agraria,

Andalucía ha pasado en poco tiempo de ser una sociedad agraria a ser una sociedad urbana y de servicios, sin pasar por el proceso de industrialización vivido por otras sociedades; esto la ha privado en gran medida de la influencia de esa modalidad de organización del trabajo en la cultura, los valores y las actitudes políticas. También la ha privado del contacto generalizado con el maquinismo y la práctica de la innovación técnica aplicada a la producción industrial

con una estructura latifundista de la propiedad. Una estructura social muy polarizada con una presencia masiva de jornaleros o campesinos sin tierra, con condiciones de vida y trabajo muy precarias en todos los órdenes²². Esto impidió el desarrollo de una burguesía moderna urbana e industrial que protagonizara la transición hacia un modelo económico distinto. Situación que se agravaba por la lejanía de Andalucía de los mercados más importantes y algunos intentos fallidos de las primeras experiencias industrializadoras.

Desde el punto de vista social, este modelo conllevaba la existencia de un proletariado rural muy numeroso con muy pobres condiciones de vida, una alta conflictividad social que tuvo expresiones muy llamativas en varios momentos del primer tercio del siglo XX, unas relaciones de dependencia muy fuertes de los propietarios de la tierra por su control del mercado de trabajo y una sociedad escindida que no pudo construir un proyecto compartido de desarrollo. Todo ello hizo que la pobreza, el analfabetismo, los rasgos más tradicionales de la cultura rural, la debilidad del mercado interior y la falta de expectativas y oportunidades fueran durante décadas rasgos estructurales de Andalucía que marcaban su identidad. Era una sociedad en la que los propietarios siempre miraban al poder estatal para que les ayudara a mantener su posición y reprimir los conflictos sociales. Los jornaleros también lo hacían, aunque con menos éxito, buscando apoyo a las reivindicaciones de mejora de sus condiciones de vida²³.

Este modelo no quebró porque su causa principal —la desigualdad originaria de la propiedad de la tierra— desapareciera, ya que en Andalucía no llegó a haber nunca una reforma agraria, excepto en el tímido y fallido intento de la II República²⁴. Quebró por otros cambios que hicieron que sus efectos negativos fueran desapareciendo y que el modelo mismo fuera perdiendo peso en la estructura económica y social de Andalucía, hasta dejar de ser el pilar central de ambas.

El primer gran cambio lo constituyó la tecnificación de la agricultura, que produjo una gran sangría migratoria en la población andaluza. Casi dos millones de personas emigraron entre 1940 y 1980, la mayoría de ellos (70 %) en los veinte años que van de 1951 a 1970. Teniendo en cuenta que la población en 1950 era de 5,6 millones, fue una pérdida muy importante²⁵. Desde 1980 se invirtió el flujo y Andalucía se convirtió en lugar de inmigración, aunque de nuevo con la crisis estamos volviendo a iniciar un ciclo emigratorio.

El segundo cambio fue la pérdida de peso de la agricultura frente a otras actividades como el turismo, la construcción y los servicios, que en buena medida fue inducido por el desarrollo general del país durante esos años. En 1960, la población activa agraria en Andalucía era el 50 % de la población activa total, trece puntos más alta que en el resto de España. En 2012, la población ocupada en la agricultura era ya sólo un 7,8 % del total. En 1980, la participación del sector agrario en el valor añadido total de Andalucía era del 12,8 % y en 2012 había descendido al 4,7 %²⁶.

Esta desagrarización de Andalucía ha significado un cambio de su estructura económica y social, que ahora se asienta sobre otras ocupaciones y otras relaciones sociales y laborales. El sector servicios es el que más peso ha adquirido, pasando a representar en 2012 el 77,3 % de la población ocupada frente al 48,7 % en 1981. Uno de los otros dos grandes sectores, la construcción, tras un periodo de auge sin precedentes no ha hecho más que perder peso. Este sector ya era importante en 1981, con un 9,4 % del total de ocupados. Llegó a tener el 13,5 % de ocupados en 2008 y desde entonces ha ido bajando hasta tener en 2012 sólo el 5,9 %. La industria en Andalucía no fue un sector importante ni en los años de más auge de estas actividades en España y Europa, aunque ha tenido una cierta presencia. En 1981 empleaba al 18,7 % del total de ocupados, pero desde entonces ha retrocedido llegando en 2012 a tener el 9,0 % de los ocupados, cinco puntos por debajo de la media española²⁷.

Andalucía ha pasado en poco tiempo de ser una sociedad agraria a ser una sociedad urbana y de servicios sin pasar por el proceso de industrialización que han tenido otras sociedades desarrolladas. Esto la ha privado en gran medida de la influencia que ha tenido esa modalidad de organización del trabajo en la cultura, los valores y las actitudes políticas. También la ha privado del contacto generalizado con el maquinismo y la práctica de la innovación técnica aplicada a la producción industrial. En suma, de influencias que han marcado e impulsado el proceso de modernización de otras sociedades.

Pese a estos cambios, el modelo tradicional ha durado tanto y ha marcado tan profundamente a la sociedad andaluza, que aún quedan rastros de él y de sus efectos. De él queda todavía una población activa agraria que sigue siendo bastante más alta, cerca del doble que la media española (4,4 % en 2012) y una contribución de este sector al producto interior bruto que en Andalucía es casi el doble que en España (2,46 % en 2012)²⁸. Queda una población jornalera con problemas de paro estacional que tiene un sistema especial de protección al desempleo sólo aplicable en Andalucía y Extremadura, al que se han acogido en Andalucía 121.500 personas en 2012²⁹. Somos una sociedad que aún tiene un peso comparativamente significativo de lo agrario.

Además, quedan rastros de la influencia del modelo económico tradicional en nuestro actual sistema de pueblos y ciudades. De la carencia en aquel modelo de servicios públicos básicos como la educación, quedan efectos en la formación y cualificación de los andaluces en la actualidad, muchos de los cuales —la mayoría de los de más de cincuenta años— no tuvieron acceso a un sistema educativo universalizado. Perduran también sus efectos en el peso que aún tienen algunos aspectos de la cultura tradicional y ciertas pautas de conducta vinculadas a ella. En la memoria colectiva de muchos andaluces queda el recuerdo propio o transmitido de aquella sociedad escindida, desigual y de relaciones marcadamente asimétricas, que explica en buena medida su cultura política y su orientación del voto en la actualidad³⁰.

En el caso del asentamiento de la población, la singularidad andaluza la constituye la red de agro-ciudades (de entre veinte y cien mil habitantes) que es proporcionalmente casi tres veces mayor en Andalucía que en el resto de España (en España los municipios de ese tamaño son el 3,3 % y en Andalucía son el 9 %). Por el contrario, los municipios más pequeños, los de menos de 1.000 habitantes, tienen mucho menos peso en Andalucía (son una cuarta parte en Andalucía y casi dos tercios en el resto de España). Cerca de un tercio de andaluces (32 %) vive en ciudades medias, las agro-ciudades antes citadas. Añadiendo los que viven en pueblos medianos (de entre cinco y veinte mil habitantes) asciende al 53 % los andaluces que viven entre ambas. Esta distribución de la población es ligeramente diferente de la del resto de España. Una parte importante vive en ciudades medias, no hay tanta dispersión de la población en pueblos muy pequeños y no tiene aglomeraciones urbanas muy pobladas. Estas diferencias marcan una cierta singularidad de Andalucía, que es un rasgo que refuerza alguna de sus señas de identidad³¹.

Los pueblos en Andalucía no pueden considerarse hoy día como núcleos de población esencialmente rurales, excepto los más pequeños, porque la presencia de otros sectores de actividad les ha ido alejando de aquella única especialización. No obstante, aún conservan una parte importante de la cultura tradicional asociada a la vida rural y de las comunidades donde las relaciones de proximidad siguen siendo las predominantes. Son un espacio privilegiado para el mantenimiento y reproducción de actividades culturales, religiosas y festivas organizadas en torno a la tradición. La convivialidad, que es un rasgo sobresaliente de la idea de vida buena que hay en Andalucía, como veremos después, se desarrolla y fortalece mejor en estos espacios. Además, facilitan la prestación de los servicios públicos.

Obviamente, los pueblos y agro-ciudades no se han cerrado a la modernización. Lo primero ha sido la modernización de la agricultura. Se han abierto paso también actividades y símbolos de la modernidad que han acabado conviviendo bien con la tradición. Lo más obvio ha sido la expansión de la moda hasta los núcleos más pequeños, favorecida por la televisión y el acceso, por la facilidad de las comunicaciones, a los centros comerciales de las ciudades y pueblos más grandes. La imagen del cofrade encapuchado que habla por un teléfono móvil, el uso de la tecnología GPS para seguir y controlar el horario de los desfiles procesionales y, en un nivel distinto, los intentos de fusión de música rock o jazz con el flamenco y las iniciativas que ha habido, pocas por cierto, para desarrollar una música pop enraizada en la cultura popular rural son buenos ejemplos. Todo esto puede predicarse igualmente de las capitales de provincia y de los municipios más grandes, especialmente del interior.

Los pueblos han mantenido un flujo constante de contacto con las capitales y los municipios grandes. Buena parte de las migraciones interiores en

Andalucía desde hace algunas décadas han sido de los pueblos a las capitales de provincia y municipios de mayor tamaño. El flujo de relaciones por razones comerciales, administrativas o cuestiones de salud ha sido muy frecuente. Uno de los flujos de intercambio entre pueblos y capitales más reciente ha sido el de las generaciones jóvenes que han accedido a la Universidad en las tres últimas décadas, desde que hubo una universidad por provincia. Lo habitual ha sido que los estudiantes de la provincia volvieran con mucha frecuencia a sus pueblos de origen los fines de semana, festivos y vacaciones, manteniendo cercanos los vínculos familiares y el apoyo de los padres. Esto ha privado a estas generaciones de la oportunidad de aprovechar la etapa de estudiantes para iniciar una vida independiente, más o menos autónoma, experimentando sus capacidades de adaptación y tolerancia con ambientes diferentes y alejados de los suyos. Pero ha servido para alargar y reforzar los vínculos familiares y de proximidad y seguir participando en las actividades locales.

Otro ejemplo se puede ver en la evolución demográfica. Los indicadores demográficos muestran que Andalucía ha experimentado el mismo proceso de transición demográfica que ha caracterizado a las sociedades modernas, que se inició en torno a 1975. Ha sido una transición muy similar a la española, aunque con indicadores que muestran una intensidad ligeramente menor y una presencia mayor en la actualidad de algunas pautas tradicionales. Por poner algunos ejemplos: entre 1976 y 2010, la esperanza de vida en Andalucía ha aumentado en unos nueve años y se ha acercado a la media española, aunque aún estamos ligeramente por debajo de ella, un poco menos de un año, tanto en hombres como en mujeres; en 2012 los matrimonios civiles en Andalucía eran el 45,44 %, tres veces más que en 1991, pero

trece puntos menos que la media española en (58,41 %); el tamaño medio del hogar es en Andalucía (2,83) algo mayor que la media nacional (2,67) y es el segundo más alto de España ³².

En materia educativa también se ha producido un proceso de normalización apreciable, aunque se pueden observar singularidades del mismo sentido de las anteriores. Si se compara, como en el cuadro siguiente, el nivel de educación alcanzado por la población andaluza y española, puede observarse la convergencia de cifras entre ambas y el nivel menor de Andalucía en los niveles de educación más altos.

Esto se debe al peso que todavía tienen las generaciones que no tuvieron oportunidades para acceder al sistema educativo y arrastran bajos niveles de formación. Como he dicho en alguna ocasión anterior, es como si hubiera dos Andalucías: la formada por los de más de cincuenta años y la formada por los de menos de esa edad. Como puede verse en el cuadro siguiente, a partir de los 55 años los niveles de formación son significativamente más bajos que los de los grupos de menor edad. Esa diferencia se hace especialmente patente en el grupo de 16 a 44 años, los nacidos a partir de 1970, que ya tuvieron a su alcance un sistema educativo universalizado con condiciones muy favorables para acceder a él.

Estas diferencias se pueden apreciar con más nitidez si se desagregan algunas cifras. Por ejemplo, en 2010, los andaluces analfabetos y con estudios primarios incompletos representaban el 15 % de la población, cinco puntos más alta que la media española (10,6). Esta proporción aumenta notablemente con la edad. En las comunidades de la mitad sur de España

Tabla 1. Población de 16 y más años según nivel de formación. 2012 (%)

	Analfabetos	E. primarios	E. secund. 1ª et.	E. secund. 2ª et.	E. superiores
Andalucía	3,6	27	29,7	18,8	20,8
España	2,1	26,3	25,8	20,3	25,4

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Encuesta de Población Activa, 2012.

Tabla 2. Población de 16 y más años según nivel de formación, por edad. 2012 (%)

Grupo de edad	Analfabetos	E. primarios	E. secund. 1ª et.	E. secund. 2ª et.	E. superiores
16 a 44 años	0,6	10,8	37,8	24,5	26,2
45 a 54 años	1,3	22,4	33,9	19,9	22,4
55 a 65 años	3,3	46,4	21,9	12,7	15,6
65 y + años	4,4	63,4	8,9	5,9	7,3

Fuente: Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía, Explotación de la Encuesta de Población Activa, 2012.

(Andalucía, Castilla-La Mancha, Extremadura y Murcia) se concentran las proporciones más altas de personas con este nivel de formación. En ese mismo año, la proporción de población de 25 a 34 años con estudios superiores era del 32,45 %, siete puntos menos que la media española (39,12 %), sólo por encima de Baleares, Canarias y Murcia³³. A esto hay que sumar las cifras de abandono escolar prematuro que en Andalucía alcanzó en 2011 el 32 %, seis puntos más que la media española (26 %)³⁴.

Debido a la influencia que el entorno familiar y social tiene en los resultados del sistema educativo, estos déficits no han ayudado a que la eficacia del sistema al que han accedido los más jóvenes sea plena. Sin pretender que ésta sea la única causa del fracaso y el abandono escolar temprano, sin duda forma parte del trasfondo del problema e igualmente permite explicar los déficits de cualificación del capital humano que aún tenemos.

Andalucía ha desarrollado también en tres décadas un sistema regional de I+D+I que antes casi no existía, basado en diez universidades y una amplia red de centros de investigación y centros tecnológicos que la han acercado en este aspecto al resto de España. En 2012, Andalucía ocupaba el sexto lugar en gasto total en I+D en relación al PIB regional, con un 1,05 %, inferior a la media española que era 1,3 %. Aún está lejos de comunidades como País Vasco o Cataluña o Navarra con gastos del 2,19 %, 1,51 % y 1,91 %, respectivamente. En ese mismo año, el gasto interno total en I+D y el número de personas trabajando en esta actividad en Andalucía representaban en torno al 11,05 % y el 11,8 % respectivamente, cifra bastante inferior al peso de la población andaluza en España que se acerca al 18 %.

Pese al esfuerzo realizado, es un sistema muy disperso territorialmente, que se ha construido pensando más en satisfacer demandas territoriales que en desarrollar eficazmente el propio sistema de I+D+I. Esto no ha facilitado la especialización de las universidades, ni la constitución de grupos de investigación con suficiente masa crítica y, además, no acaba de conectar eficazmente con el sector empresarial. Una de las debilidades del sistema andaluz es precisamente la insuficiente participación del sector empresarial en el gasto interno total en I+D+I, que en 2012 era del 36,1 % frente a la media española del 52,9 %. Por otra parte, el sistema de incentivos que tienen los grupos de investigación para colaborar con las empresas es también insuficiente para mejorar los flujos de transferencia. Tampoco el número de empresas de media y alta tecnología es grande. En 2012, en Andalucía sólo estaba el 6,8 % de las empresas manufactureras de alta y media tecnología de España y el 11,2 % de los servicios de alta tecnología. En Cataluña estaban el 31 % y el 20 % respectivamente³⁵.

Andalucía se ha incorporado a las nuevas tecnologías de la información casi al mismo nivel que el resto de España. La proporción de hogares andaluces

que en 2013 disponen de ordenador y de conexión a Internet es respectivamente del 71,2 % y del 66,5 %, cifras ligeramente inferiores a la media española que es el 73,4 % y el 69,8 % respectivamente.

Puede afirmarse, en suma, que el proceso de normalización es un hecho, resultado de un conjunto de mejoras y cambios en las infraestructuras y equipamientos, los servicios públicos (salud, educación y dependencia), la movilidad geográfica, los cambios económicos, la incorporación de la mujer a la actividad fuera del hogar y del cambio más general que se ha producido en su papel en la sociedad y de nuevos valores y pautas de conducta respecto a la vida familiar, que han afectado de manera muy diferente a las distintas generaciones. Este proceso ha tenido en Andalucía con una fuerte componente territorial que, por influencia de las provincias en el sistema político, ha querido hacer llegar a todos los territorios equipamientos y servicios que en unos casos han estado justificados por la naturaleza de sus funciones (por ejemplo, educación primaria y secundaria, salud) y en otras no. A la vez, la preocupación por hacer e inaugurar lo necesario para cubrir esas deficiencias y la preocupación por garantizar su sostenibilidad y funcionamiento eficaz no han ido en ocasiones suficientemente acompañadas.

Algunas de nuestras pautas sociales muestran una cultura mezcla de tradicionalismo y modernidad, cuyo equilibrio puede no ser el apropiado para avanzar en la solución de los problemas que tenemos para adaptarnos con eficacia al proceso modernizador-globalizador. Nuestro sistema educativo tiene que reconocer y actuar sobre el hecho de que su eficacia esté condicionada por la mala herencia histórica que tenemos en este tema. Nuestro sistema económico, que trataremos más adelante, tiene que reconocer que ha tenido y sigue teniendo problemas para resolver el problema endémico del empleo y abrir nuevos horizontes a nuestra estructura productiva. Nuestro sistema de I+D+I, tan importante para el desarrollo económico y social, necesita ajustarse mejor para cumplir la importante función que le corresponde.

El proceso de normalización es un proceso inacabado que convive con problemas no resueltos, con pervivencias del pasado y con singularidades que constituyen parte de las diferencias respecto a nuestro entorno. Las actitudes ante ellas pueden ser varias: ignorarlas, rebajar su importancia ante la dirección positiva de los cambios, dar por hecho que desaparecerán con el tiempo, o tomarlas en serio para analizar su proyección e influencia en el presente y el futuro y tener esto en cuenta en la definición de nuestra política de identidad.

3. La construcción social de la identidad

De acuerdo con la dimensión relacional y contextual de la construcción de la identidad, los andaluces nos percibimos, por referencia a los demás, con algunas diferencias que forman parte de los rasgos que, en mayor o menor grado, compartimos como parte de nuestra identidad. También los demás nos identifican atribuyéndonos rasgos que acaban influyendo en cómo nos percibimos, tanto por la aceptación como por el rechazo de los mismos. Vamos a utilizar los datos disponibles de varias encuestas para tratar de aproximarnos al contenido de ese proceso de auto y heteropercepción, hasta donde esa información lo permita.

En 1984, a dos años de las primeras elecciones autonómicas, cuando estaba relativamente reciente el éxito de la movilización de los andaluces para obtener el reconocimiento de su autonomía por la vía del artículo 151 de la Constitución, el momento de mayor efervescencia andalucista de nuestra historia reciente, una amplia mayoría de andaluces, algo más de dos tercios, coincidía en la opinión de que Andalucía «tiene características que la diferencian del resto de las regiones de España». El tercio restante se distribuía a partes casi iguales entre quienes creían que no existían tales diferencias o no sabían si existían o no. Sólo en un segmento de la población había menos unanimidad sobre el asunto: el de los mayores de sesenta años, de los sólo la mitad creía que existían diferencias. En cambio, entre las personas de

más formación (con estudios medios, superiores y estudiantes) el acuerdo era mayor, superando el ochenta por ciento los que creían que las había³⁶.

Este amplio reconocimiento de la existencia de diferencias no debe extrañar en España, que precisamente se caracteriza por estar formada por una pluralidad de nacionalidades y regiones muy diferentes en términos de medio natural y clima, legado histórico, ecología humana, estructura social y económica, patrimonio cultural, lenguas, tradiciones y costumbres, folclore e idea de la vida buena.

Quienes dijeron que sí había diferencias, pudieron responder espontáneamente a la pregunta de en qué creían que se concretaban. El rasgo que tuvo más consenso fue el *carácter y la forma de ser*, opinión compartida por algo más de dos tercios de los andaluces (69,3 %). La segunda opinión con más acuerdo fue la de quienes no sabían o no contestaban en qué se concretaban las diferencias (33,2 %). Las demás diferencias señaladas fueron: medio natural y clima (25,3 %); costumbres y forma de vida (12,8 %); subdesarrollo y pobreza (11,3 %); productos y riqueza natural (7,2 %); agricultura (6,6 %); cultura e historia (5,9 %); paro (5,8 %); tradiciones (4,1 %); el habla y el deje (4,1 %) ³⁷. Si se tiene en cuenta el tercio de respuestas «no sabe» y «no contesta», son menos de la mitad (43 %) de los andaluces los que finalmente tenían una idea definida sobre en qué aspectos se diferenciaba Andalucía del resto. Esto indica que la percepción de las diferencias, siendo amplia, dejaba un espacio no menos amplio a la indefinición. Se trata de una percepción de las diferencias que podría calificarse de moderadamente asentada y compartida entre los andaluces.

Treinta años después, los resultados de otros datos de encuesta³⁸ son bastante parecidos a los de la anterior. Según esta última, casi dos tercios de los andaluces siguen opinando que el carácter extravertido es el rasgo identitario más importante de Andalucía, seguido de las características del medio natural (58 %) y de las fiestas populares (42,3 %). El atraso económico sólo lo sigue citando una minoría (19,9 %). La comparación hay que hacerla con la salvedad de que la pregunta se formula de manera diferente. En el primer caso se preguntaba por las diferencias respecto a otras comunidades y en el segundo por los rasgos identitarios más importantes. No obstante, el perfil identitario que sale en ambas encuestas sea por comparación o por afirmación, es parecido.

La creencia de los andaluces sobre los rasgos identitarios importantes refleja en buena medida los rasgos objetivos y subjetivos que se han venido atribuyendo a la identidad andaluza, aunque la importancia, medida en términos de proporción de veces que se les cita, sea muy dispar. Los dos más citados recuerdan la base sobre la que se ha construido parte de la imagen de An-

Andalucía es la Comunidad preferida en primer lugar para vivir, seguida por Madrid y Valencia. Los andaluces son también los preferidos en primer lugar como mejores compañeros de trabajo, seguidos a distancia por catalanes y madrileños

dalucía a través de la literatura, de algunos ensayos, y del análisis geográfico del espacio históricamente delimitado como andaluz: el carácter andaluz y el medio natural de Andalucía³⁹.

Sin embargo, el rasgo estructural básico que ha marcado la identidad de Andalucía hasta hace pocas décadas, el subdesarrollo y la pobreza, forma parte de las diferencias pero tiene un peso bastante reducido comparado con las otras dos. No es fácil interpretar esto con los datos disponibles. Pueden aventurarse algunas hipótesis. La primera, que esta percepción pueda ser un mero efecto reflejo de la imagen construida por otros. La segunda, que sea un indicador de que los andaluces se definen más a través de aspectos inmateriales relacionados con la vida corriente, en la que lo que más importa es la forma de ser, la forma de vida y las costumbres, que puede aplicarse tanto a los andaluces que no han experimentado la escasez y la necesidad, como a los que sí la han experimentado. Los primeros porque no conciben su situación económica y material como un fin en sí mismo, sino como un medio para disfrutar de la vida. Los segundos, porque acostumbrados a la escasez y la necesidad, han desarrollado una forma de adaptación a ella basada en el valor de la vida corriente, a través de la convivialidad o de lo que en otro lugar he llamado la pobreza digna⁴⁰.

Desde luego, la imagen que se tiene de los andaluces desde fuera está formada por aspectos relacionados con el carácter alegre y festivo. En una encuesta sobre estereotipos realizada por el CIS en 1995, los estereotipos de los españoles según comunidades autónomas eran los siguientes⁴¹, casi los mismos que se les atribuían en otro estudio del IESA de 2010.

A los andaluces nos diferencian claramente más por los rasgos de carácter como apertura, alegría, amabilidad, gracia y diversión, que por otros como emprendimiento, trabajo o materialismo. En los rasgos que se relacionan con la extraversión del carácter, los andaluces se ven a sí mismos de forma parecida a como los ven los demás. No obstante, los andaluces se juzgan mejor a sí mismos en lo que se refiere al trabajo y a la charlatanería que la imagen que les atribuyen desde fuera.

Esta atribución de rasgos no parece indicar falta de aprecio. Al contrario, en el mismo estudio Andalucía es la Comunidad preferida en primer lugar para trasladarse a vivir en ella caso de que pudiera elegirse, seguida por Madrid y Valencia. Los andaluces son los preferidos en primer lugar como mejores compañeros de trabajo, seguidos a distancia por catalanes y madrileños. La simpatía (caer bien) hacia los andaluces es la mayor en puntuación de todas las Comunidades Autónomas (7,47 en una escala 0-10), seguida a distancia por las demás, que ninguna pasa del 6,9. Esto pese a reconocer que Andalucía no es la Comunidad con el mejor nivel de vida. En esta dimensión ocupa el cuarto lugar a bastante distancia de Madrid y Barcelona y a menos del País Vasco⁴². Esta imagen es persistente, ya que datos más recientes confirman la prevalencia de la imagen anterior. En 2010, los españoles seguían atribuyendo prácticamente los mismos rasgos a los andaluces⁴³.

Estos datos permiten pensar que el resto de los españoles valoran el carácter andaluz y la forma de vida a que da lugar como un activo, más que como una debilidad, como algo que produce más atracción que rechazo. Es verdad que, como veremos a continuación, la imagen de Andalucía desde

Tabla 3. Heteroestereotipos por Comunidades Autónomas

Rasgos	Andalucía*	Andalucía	Castilla	Cataluña	P. Valenciano
Abiertos	30,3	25,9	7,5	2,7	11,2
Alegres	43,9	46,7	6,8	1,8	12,2
Amables	23,8	17,4	11,6	4,4	12,4
Charlatanes	5,5	12,6	2,5	1,5	2,5
Emprendedores	1,7	1,7	3,4	9,6	6,6
Exagerados	13,4	13,4	1,4	1,6	1,7
Graciosos	20,6	26,4	1,6	0,8	2,1
Juerguistas	15,1	22,0	1,8	0,9	7,7
Materialistas	0,4	0,4	1,8	8,9	1,8
Religiosos	6,9	6,4	5,8	0,4	1,4
Trabajadores	25,8	4,4	14,1	21,3	15,8
Vagos	2,0	10,4	0,7	0,6	0,6

*Los datos de esta columna se refieren a la opinión de los andaluces sobre ellos mismos (autoestereotipo). Las demás columnas se refieren a la opinión de los españoles que no pertenecen a esa comunidad autónoma sobre los que sí pertenecen a ella (heteroestereotipo).

Fuente: J. L. Sangrador García (1996), *Identidades, actitudes y estereotipos en la España de las autonomías*. Madrid, CIS Serie opiniones y actitudes, 95-136.

la perspectiva económica y del nivel de vida es bastante menos positiva, pero eso no impide que, incluso en tiempos en los que estos valores son los predominantes, el valor que se atribuye a la forma de vida, a la idea de vida buena, se considere como algo cuyo valor intrínseco es digno de respeto. Se trata de una contradicción que tal vez refleje el sencillo y viejo dilema expresado en términos de vivir para trabajar o trabajar para vivir, que en tiempos de hegemonía de las motivaciones utilitarias y consumistas y exigencias de todo tipo en el desempeño de los trabajos, tiende a volcarse, de grado o por fuerza, a favor de la primera. Y Andalucía es, según las características que se le atribuyen, un lugar en que esta contradicción se mantiene viva.

Desde el punto de vista del desarrollo, los andaluces nos percibimos en inferioridad de condiciones respecto al resto de España. Desde que disponemos de datos sobre el tema, la idea que tenemos del desarrollo de Andalucía en comparación con el resto de España es más bien negativa.

Tabla 4.Comparación del desarrollo de Andalucía respecto al resto de España (%)

	1978	1999	2006
Mucho mayor	2	2	1
Algo mayor	5	21	12
Igual	19	17	37
Algo menor	24	41	35
Mucho menor	40	12	4
NS/NC	10	7	13

Fuente: los datos para 1978 proceden de CIS. Estudio nº 1174/1. Problemática Regional. Andalucía. Para 1999 proceden de IESA, Estudio nº E-9902 BOPA 1999. Para 2006 proceden de IESA. Estudio nº E-0613 BOPA 2006.

Como puede verse en la tabla 4, desde 1978 a 2006, último dato disponible, los andaluces creen que el desarrollo de Andalucía es menor que el del resto de España, aunque esta percepción ha mejorado. Entre 1978 y 1999 disminuye significativamente la proporción de los que consideraban este desarrollo mucho menor. Entre 1999 y 2006 aumenta la proporción de los que lo consideran igual y sigue disminuyendo la de los que lo consideran menor y mucho menor, aunque la mitad de los andaluces lo siguen percibiendo así. Previsiblemente esta opinión habría vuelto a empeorar de haber tenido datos más recientes. Otros datos así lo sugieren: en 2010, por ejemplo, la mitad de los andaluces creía que Andalucía estaba peor preparada que el resto de España para salir de la crisis, aunque algo más de una cuarta parte (29 %) creía que sí estábamos igual de preparados.

Esta autopercepción coincide con la que tiene el resto de los españoles. A Andalucía se la sigue asociando a la idea de predominio de la actividad agraria y de

servicios, con una economía no muy desarrollada, cuyos activos principales son el patrimonio histórico y los atractivos turísticos. Una Comunidad a la que se sitúa detrás de Cataluña, Madrid, País Vasco y, a veces, tras la comunidad Valenciana en valoración del emprendimiento empresarial, avance económico, dinamismo y capacidad de influencia política, pero que ocupa el primer puesto en patrimonio cultural, hospitalidad y mantenimiento de las tradiciones. Una sociedad a la vez tradicional y moderna a la que los españoles atribuyen capacidad de innovación (57 %), creatividad (52 %), riqueza en cultura tradicional (88 %) y en cultura moderna (50 %), pero que sigue anclada aún en ciertos tópicos (62 %). Finalmente, una sociedad que ha experimentado cambios muy positivos en los últimos años (67 %) y que ha mejorado más que el resto de España (37 %)⁴⁴.

La percepción de la diferencia desde el punto de vista de la cultura viene a confirmar las ideas anteriores. El rasgo que mejor representa la cultura andaluza es su patrimonio y sus monumentos (66,5 %), seguido por las fiestas populares de todo tipo (41,8 %), el flamenco (21,9 %) y la creación y producción artística (21,6 %). Como en el caso de economía, la autoestima de los andaluces en esta materia no es muy alta. Para empezar, poco más de una cuarta parte de andaluces se considera bastante culto (27 %) y poco más la mitad (55 %) se considera sólo algo culto. La mitad de los andaluces (49 %) cree que el nivel cultural es más bajo que en el resto de España y una proporción algo mayor (57 %), cree que es más bajo que en el resto de Europa. No llegan a un tercio quienes en ambos casos opinan lo contrario, que nuestro nivel cultural es más alto.

Hay, no obstante, indicadores de que también se están produciendo cambios en esta materia. Entre los más jóvenes (18 a 29 años) esta valoración comparativa es mejor: más de la mitad (53 %) creen que el nivel cultural es más alto que el del resto de España y más de un tercio (38 %) creen que es más alto que en el resto de Europa. A la misma dirección apunta otro indicador: más de tres cuartas de andaluces (78 %) creen que su nivel cultural es mejor que el de sus padres, que en el caso de los jóvenes baja a la mitad (55 %). La opinión de los más jóvenes refleja que las mejoras producidas por la política educativa y cultural ya están produciendo efectos en la percepción social de las diferencias, que para ellos son menores. No obstante, ese efecto es todavía limitado, pues no alcanza más allá de los nacidos después de 1983, que son de las primeras cohortes de población que efectivamente se han podido beneficiar de estas mejoras⁴⁵.

De acuerdo con lo anterior, los andaluces arrastramos desde hace tiempo un heteroestereotipo y un autoestereotipo que coincide en definirnos por los rasgos de carácter extravertido, alegre y festivo. Los andaluces discrepamos con razón de que no se nos atribuya el rasgo de «trabajadores» que se atribuye a otras Comunidades, pero a Andalucía no se la asocia con el dinamismo económico, el emprendimiento o la innovación tecnológica. Más

bien forman parte de los marcadores identitarios de Andalucía el patrimonio histórico y la riqueza y belleza del medio natural, que se asocia con el turismo como actividad principal, además de la agricultura. Finalmente, el apego a la tradición producto de la importancia de las fiestas que la recrean, cierra el conjunto de marcadores de este proceso de producción social de la identidad. Al mismo tiempo llama la atención el que el menor desarrollo económico no se señale con más intensidad entre estos rasgos.

Por otro lado, la identidad andaluza tiene un marcador que puede relacionarse con el sentimiento de ser menos que los otros con los que nos comparamos. Las cifras son elocuentes al respecto, en términos económicos y culturales, y permiten apuntar a la idea de que los cambios y mejoras que ha experimentado Andalucía, pese a ser reconocidas, no han conseguido eliminar aún la percepción subjetiva de esas distancias. No las hemos acabado de transformar en una historia de éxito.

Obviamente, la andaluza es una sociedad plural en la que conviven la tradición y la modernidad, la autoestima y el sentimiento de inferioridad, de forma que estos rasgos identitarios no agotan la complejidad de esa realidad plural. No obstante, la existencia de estos rasgos debe considerarse como un hecho social que en la práctica afecta a la marca Andalucía y condiciona su encaje y su relación con el entorno nacional e internacional en el que se inserta. En este sentido, se trata de un asunto sobre cuya existencia y gestión merece la pena reflexionar y no arrinconarlo invocando que carece de importancia, que es muy difícil de cambiar o que cambiará con el paso del tiempo.

Para esta reflexión lo primero que debe tenerse en cuenta es que tenemos que tratar la materia actual de Andalucía ajustando más la valoración de los cambios ocurridos a la percepción social que tienen los andaluces de la situación relativa en que nos encontramos y de la persistencia de ciertos rasgos. En otras palabras, a valorar el proceso de cambio como un éxito más relativo que pleno, reconociendo lo mucho que queda por hacer.

También debe tenerse en cuenta que estos marcadores identitarios, incluidos los relacionados con el carácter, constituyen un activo en el que se valora la capacidad de Andalucía para practicar una vida buena que atrae a quienes la conocen. Al mismo tiempo, que se trata de una idea de la vida buena, que se completa en los apartados siguientes, que puede ser a veces incompatible con las exigencias de un modelo dominante que demanda actitudes y conductas más apegadas al trabajo, la productividad, la racionalidad y la impersonalidad. El reto es cómo hacer compatibles los valores de una vida buena centrada en la vida de las personas con las exigencias de un sistema centrado en sus propias necesidades de crecimiento y beneficio, que quiere disponer de esas personas con la mayor libertad posible y con las mayores exigencias de dedicación.

4. La vida corriente y el arte de vivir

Como se decía en la introducción, la idea de vida corriente se refiere a las relaciones sociales y familiares, al trabajo y a las características del entorno en el que tienen lugar, que condicionan su desarrollo. Es la forma de vida o del arte vivir, entendido como el conjunto de pautas y procesos a través de los que se desarrolla la vida corriente en el marco del contexto de recursos y oportunidades disponibles para realizarla. La vida corriente como arte de vivir es parte importante de la identidad y en ella se concreta también la idea de vida buena.

En el desarrollo de la vida corriente, los andaluces tienen unas preferencias, dan importancia a ciertos objetivos, similares a los de los españoles y gran parte de los europeos. La prioridad que está a la cabeza es la familia, cuya importancia recibe la mayor puntuación (9,67) en una escala de 0 a 10. Le siguen los amigos (8,47), el trabajo (8,33), el tiempo libre (8,22), las asociaciones voluntarias (5,96), la religión (5,16) y la política (3,73)⁴⁶. Estos datos, que proceden de una encuesta de ámbito europeo que permite hacer comparaciones internacionales, son prácticamente iguales que otros proporcionados un año más tarde por otra encuesta hecha sólo en Andalucía⁴⁷. Las preferencias de los andaluces se diferencian ligeramente de las de los españoles y los europeos que participaron en el estudio. Excepto en la importancia de la política, que está por debajo de la media europea (4.24), y a bastante distancia de países como Alemania, Dinamarca, Holanda o Suecia, en todo lo demás las puntuaciones andaluzas son ligeramente mayores que las de España y la media europea. Trataremos a continuación la familia, los amigos, el trabajo y la religión y en el apartado siguiente la política y las asociaciones voluntarias.

4.1. La familia

En cuanto a la familia, ya se vieron en el apartado 2 los cambios demográficos y de otro tipo que, en términos de modernización, se han producido en Andalucía, aunque con cierto retraso respecto a la media española. Como se dijo, hoy las familias se forman más tarde y los hijos se tienen también más tarde y en número menor que hace unas décadas. Han aumentado considerablemente los matrimonios civiles y los divorcios. Por ejemplo, en 2012 el número de matrimonios civiles fue, como se recordará, el 45,4 % del total de los matrimonios celebrados en Andalucía, cifra importante, pero aún bastante inferior a la española (58,4 %). En ese mismo año, el número de di-

vorcios ascendió a 20.902, más que el número de matrimonios religiosos en ese mismo año. En 2011 se practicaron en Andalucía 23.281 interrupciones voluntarias del embarazo, el 19,6 % del total nacional⁴⁸. Finalmente, el 82 % de los andaluces dedica a diario dos horas y media a la familia y al hogar, una cifra similar a la media española⁴⁹.

Tabla 5. Población según cuál cree que es el modelo ideal de familia (%)

	Total	Mujeres	Hombres
Modelo I	58,4	63,8	52,7
Modelo II	16,7	15,7	17,8
Modelo III	21,7	17,9	25,7

Modelo I: Hombre y mujer trabajan fuera de casa, reparten tareas del hogar y cuidado de los hijos.

Modelo II: Mujer trabaja a tiempo parcial fuera de casa, se ocupa de la mayor parte de las tareas del hogar y cuidado de los hijos.

Modelo III: Sólo trabaja el hombre fuera de la casa, la mujer se ocupa de las tareas del hogar y cuidado de los hijos.

Fuente: IECA, Encuesta Social 2007. Una visión de Andalucía. Tabla 1.6.

<http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/encsocial/2007/tablas/index.htm>

Otros datos apuntan a que, sin perjuicio de los cambios anteriores, todavía está extendido entre los andaluces un apego hacia la familia tradicional. Según puede verse en la tabla 5, sólo para el 58,4 % de los andaluces el modelo ideal de familia es la de hombre y mujer trabajando fuera de la casa y compartiendo las tareas del hogar y el cuidado de los hijos. Obviamente, la proporción de mujeres que prefieren este modelo es mayor que la de los hombres. No obstante, algunos datos sobre el modelo ideal de familia y sobre la situación ideal de la mujer dentro de ella, en relación a su actividad laboral, al cuidado del hogar y de los hijos, ponen de manifiesto la importancia que aún tienen los modelos tradicionales.

Como era de esperar, la proporción de mujeres que prefieren el modelo I aumenta entre las jóvenes de menos de 24 años, las que están activas y las que tienen estudios secundarios de segunda etapa o universitarios, llegando a una proporción del 75 % o mayor. Disminuye entre las mayores de 65 años, las inactivas y las que tienen menor nivel de formación (estudios primarios o menos). En el caso de los hombres, aumenta entre los jóvenes, los parados, los que viven en capitales de provincia y los que tienen estudios secundarios y universitarios.

Hay un 16,7 % de andaluces que prefiere un modelo de familia en el que la mujer trabaje a tiempo parcial y se encargue de la mayor parte de las tareas del hogar y del cuidado de los hijos. Finalmente hay una cuarta parte de hombres andaluces que prefieren un modelo de familia en que sólo trabajara fuera de la casa el hombre, y la mujer se ocupara del hogar y los hijos.

Tabla 6. Opinión sobre la situación ideal de la mujer en relación al trabajo remunerado y al cuidado de los hijos (%)

	Total	Mujeres	Hombres
Situación I	22,5	17,2	28,1
Situación II	19,8	20,6	18,9
Situación III	43,0	47,0	38,8
Situación IV	10,7	11,5	9,7

Situación I: no trabajar.

Situación II: trabajar cuando los hijos sean mayores.

Situación III: trabajar a media jornada mientras los hijos sean pequeños.

Situación IV: trabajar a jornada completa incluso cuando los hijos sean pequeños.

Fuente: IECA, Encuesta Social 2007. Una visión de Andalucía. Tabla 1.7.

<http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/encsocial/2007/tablas/index.htm>

La prevalencia del modelo tradicional se hace aún más patente cuando se trata de la opinión acerca de cuál sería la situación ideal de la mujer con relación al trabajo remunerado y al cuidado del hogar y de los hijos, como puede verse en la tabla 6. Ante la posibilidad de elegir esa situación ideal, disminuye de forma drástica la proporción de hombres y mujeres que creen que lo mejor es una pareja en la que los dos trabajen y compartan las tareas domésticas y el cuidado de los hijos (situación IV).

Finalmente, como puede verse en la tabla 7, cuando se trata de la opción acerca de la situación de la mujer para el supuesto de una situación ideal para el cuidado de los hijos, aún se prefiere más el modelo tradicional. Algo más de una tercera parte de los andaluces preferirían en este caso que la mujer no trabajara.

Tabla 7. Opinión sobre la situación ideal para los hijos en relación a su cuidado y al trabajo remunerado de la mujer (%)

	Total	Mujeres	Hombres
Situación I	36,6	33,1	40,4
Situación II	21,7	22,7	20,8
Situación III	29,3	31,2	27,2
Situación IV	6,5	6,8	6,1

Situación I: no trabajar

Situación II: trabajar cuando los hijos sean mayores

Situación III: trabajar a media jornada mientras los hijos sean pequeños

Situación IV: trabajar a jornada completa incluso cuando los hijos sean pequeños

Fuente: IECA, Encuesta Social 2007. Una visión de Andalucía. Tabla 1.8.

<http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/encsocial/2007/tablas/index.htm>

En suma, entre los andaluces hay una mayoría (58,4 %) con una visión de la familia moderna, pero aún es muy importante la proporción, especialmente entre los hombres, de los que prefieren un modelo más tradicional. Es cierto que en las tablas anteriores se recogen datos para situaciones ideales hipotéticas que por lo general no es posible alcanzar en la práctica. En ese sentido podría pensarse que, como recogen los datos, lo mejor para el cuidado de los hijos en un supuesto ideal sería que la madre no trabajara, lo hiciera a tiempo parcial o cuando los hijos fueran mayores. Esta preferencia indica una preferencia por el modelo tradicional de resolver el problema de la compatibilidad entre trabajo y cuidado de los hijos. En las sociedades más avanzadas la solución ha sido otra: resolver este problema mediante un sistema de apoyo a la familia que facilite la conciliación entre vida familiar y vida laboral, para que la mujer pueda incorporarse al trabajo no sólo por razones económicas, sino también por lo que significa en términos de igualdad, desarrollo y realización personal.

¿Por qué es importante aún en Andalucía la preferencia por el modelo tradicional? Con los datos disponibles sólo pueden plantearse algunas hipótesis. Una puede ser que la sociedad andaluza no ha tenido aún la experiencia suficiente sobre la bondad de un modelo como el que existe en sociedades más avanzadas en este tema, porque aquí ni se ha implantado aún del todo ni lleva mucho tiempo. Otra puede ser que entre los andaluces exista la convicción de que la atención y el cuidado directo de los hijos es la mejor forma de criarlos y educarlos frente a otras alternativas, aunque los cuidados acaben recayendo sobre las madres. En otras palabras, que la importancia que se da a los hijos en el ámbito familiar es tal que los adultos piensan que es bueno renunciar a cualquier cosa por ello; incluso, siquiera sea hipotéticamente, a algo tan importante como la participación de la mujer en el trabajo fuera de casa.

No hay duda tampoco de la importancia de los lazos familiares, que van más allá de la familia nuclear, en los que los abuelos desempeñan un papel destacado. En torno al veinte por ciento de las personas que cuidan habitualmente a los menores de tres años y a los menores de doce años después de salir del colegio, son los abuelos⁵⁰. En Andalucía están muy extendidas las relaciones de apoyo familiar. Hay un 12,7 % de andaluces que realizan habitualmente cuidados de menores y mayores, enfermos o discapacitados⁵¹. Esta forma de familismo tradicional ocupa un espacio muy importante en la vida corriente de los andaluces. Trasciende las meras relaciones familiares y se expande a través de otras redes, las de los amigos y las de los familiares.

4.2. Los amigos y la convivialidad

La importancia del segundo de los objetivos anteriores, los amigos, puede confirmarse también con algunos datos. En la encuesta europea citada, los andaluces dicen reunirse a diario con sus amigos y familiares en una proporción en torno al 30 %, el doble o más que los alemanes, daneses, holandeses, ingleses e incluso italianos, y mayor que la de cualquiera de los países que participaron en el estudio, excepto los griegos. La proporción se eleva a casi dos tercios de andaluces (61 %) si se cuenta los que se reúnen con sus amigos y familiares a diario o varias veces por semana, quince puntos más que la media⁵². Datos más recientes confirman esta tendencia. En 2010, el 63,7 % de los andaluces, siete puntos más que la media española, decían realizar a diario actividades de vida social y diversión, con una duración media de casi dos horas y con una participación prácticamente igual de hombres y mujeres⁵³.

La relevancia de la familia, de los amigos y del tiempo que se les dedica avala la idea de que la convivialidad es un rasgo distintivo de la vida corriente y el arte de vivir en Andalucía. La mezcla del carácter extrovertido y alegre, la frecuencia de las relaciones familiares y las actividades de vida social y ocio a que hemos hecho referencia, muestran que parte de la vida buena de Andalucía gira en torno a ellas. Además, se desarrolla en el espacio público porque las características del clima, de los entornos urbanos y de los servicios de restauración disponibles lo facilitan. Los andaluces consumimos en hoteles, bares y restaurantes algo más que la media española en todos los cuartiles de gasto⁵⁴.

El familismo y la convivialidad crean redes cuyos contactos se utilizan para todo tipo de fines: favores, información, servicios, acceso a puestos de trabajo, gestiones públicas y privadas, acceso a la asistencia sanitaria y tantas otras. En el acceso a las redes formales previstas para esos asuntos suelen mediar estas otras, a veces más por rutina y tradición que por eficacia, como si aquellas no pudieran activarse sin su concurso. Es verdad que esto sucede, aunque no debiera ser así. Se trata de una forma de particularismo que se contrapone al universalismo propio de la modernidad, con sus formalismos racionales y burocráticos de acceso general. La convivialidad produce y mantiene relaciones de proximidad gratificantes en muchos sentidos para quienes las practican. Al mismo tiempo, genera dependencias que pueden afectar a las relaciones de carácter profesional, laboral o administrativo, cuando no se saben o se pueden separar las unas de las otras.

4.3. El trabajo

El tercer objetivo para los andaluces es el trabajo. La importancia dada al trabajo hay que entenderla en un doble sentido. Primero, por el valor intrínseco que tiene para las personas el participar e integrarse en la vida social a través del trabajo. Segundo, por el valor que se le da a tener un trabajo en un lugar en el que tradicionalmente ha sido un bien bastante escaso. El trabajo ha sido un bien escaso en Andalucía desde hace mucho tiempo. Lo fue durante casi todo el siglo XX y lo sigue siendo en la actualidad. Esta escasez tiene su origen en la estructura económica y social de Andalucía, que por sus características ha tenido y tiene dificultades para generar actividad que cree más empleo estable. Pese a todos los problemas que se han resuelto en el reciente proceso de cambio de la sociedad andaluza, el desempleo sigue siendo un problema que no se acaba de resolver.

Dentro de la economía y de la situación general de la región, el paro es el problema más importante para los andaluces. Desde que hay datos de encuesta sobre los principales problemas de Andalucía (CIS, 1978), el paro ha sido siempre el problema más importante, reconocido como tal por un alta proporción de ciudadanos, siempre mayor del 60 %, que en la mayoría de los años ha alcanzado cifras por encima del 70 % y llegado hasta el 85 % o más en los años de crisis económicas. En España también ha sido así, pero en ocasiones el primer lugar lo ha ocupado el terrorismo y en otros años el peso del paro ha descendido hasta el 40 %. La importancia objetiva de este problema la ponen de manifiesto las tasas de paro, que en Andalucía han estado desde 1980 por encima del 15 %, excepto en los años 2005 a 2007, que fueron entre el 12 % y el 15 %, nunca por debajo del 10 %.

Como se ha dicho antes, la economía andaluza es en la actualidad una economía de servicios en la que el peso más importante lo tienen los servicios públicos, el turismo, el comercio y servicios administrativos. La construcción lo tuvo y bastante hasta la llegada de la crisis. En los últimos quince años la economía andaluza ha crecido de una manera continuada a tasas anuales ligeramente por encima de la media nacional. Desde 1996 hasta el comienzo de la crisis en 2007, las tasas de crecimiento del PIB han sido mayores del 3,5 % (excepto en 2002 que fue del 3,2 %). En algunos años han superado el 5 %. Ese crecimiento, que ha sido muy dependiente de la construcción y del sector inmobiliario con los efectos de arrastre que tienen sobre otras actividades, permitió crear bastante empleo en la región en el sector servicios (comercio, reparaciones, hostelería, transporte, intermediación financiera y servicios inmobiliarios), en los servicios públicos (sanidad, educación y otros), en la construcción y, en menor medida, en la industria. También aumentó ligeramente la renta de los andaluces que pasó de ser en 1995 el 74,5 % de la media española a ser en 2009 el 76,7 %. En 2012 ha vuelto a bajar hasta el 74,67 % de la renta media española⁵⁵.

El crecimiento económico bajó las tasas de desempleo a las cotas más bajas de los últimos 30 años, pero fue insuficiente para absorber toda la demanda. Esto se puede explicar porque entre 1981 y 2009 la población activa creció en Andalucía en un 95 %, bastante más que la media española (70,9 %). La población ocupada también creció bastante en Andalucía en ese período (81,2 %), más que la media española (63 %), pero fue un crecimiento insuficiente para bajar las tasas de paro a magnitudes menores de dos dígitos. En las últimas décadas en Andalucía se ha creado comparativamente más empleo que en España, pero ha sido insuficiente para absorber el enorme incremento de la población activa. Este crecimiento de la población activa se debió sobre todo a la incorporación de la mujer al mercado de trabajo. En 2009 había 1,2 millones más de mujeres activas que en 1981, que representaba casi dos tercios del aumento total de la población activa en ese período. También se debe al aumento de la población, que en Andalucía creció casi un 30 % en esos años, y a la llegada de inmigrantes (en 2009, la población activa no española era de 438.000 personas)⁵⁶. A partir de 2008 la situación ha empeorado mucho volviendo a cifras de desempleo muy altas, con una tasa en 2012 del 34,59 %, una de las más altas de Andalucía desde que se tienen datos sobre desempleo, diez puntos más alta que la media española.

Pasados los años de bonanza basados en la burbuja inmobiliaria, se abre de nuevo sobre Andalucía la incertidumbre de cómo se va a resolver y en cuanto tiempo la situación actual de desempleo y los problemas que lleva consigo. Una situación que recuerda épocas pasadas en la que se vivieron momentos similares a los que no se les veía salida, con tasas de desempleo, como se ha dicho, duraderamente altas. Esta experiencia no es nueva para los andaluces ni en su gravedad ni en su incertidumbre, porque no se atisban los cambios ni las iniciativas de cualquier índole, políticas, sociales o económicas, que pudieran despejarla. Aunque no es lo deseable, siempre cabe esperar a que acabe la

Los andaluces creemos mayoritariamente que el trabajo es una forma de realizarse personalmente (87,7 %), un deber de toda persona (84,6 %) y un medio para conseguir mejor posición social (80,7 %); también creemos mayoritariamente que el trabajo es sólo un medio de ganar el dinero para vivir (65,7 %)

tormenta y el tiempo borre sus secuelas, mientras vemos pasar los años ante nuestros ojos estoicamente resignados para que eso suceda. Es cierto que en la situación actual disponemos de mejores equipamientos, servicios públicos y protección social que, aún mermado todo ello por los recortes, la hacen más llevadera. Pero esto no quita un ápice de importancia a la gravedad de la situación, ni de su persistencia en el tiempo, ni de sus causas estructurales.

El que nuestra convergencia en renta no haya sido mayor en estos años y las tasas de desempleo se hayan mantenido tan altas, debería ser objeto de atención como una de las diferencias que siguen marcando nuestra identidad, pese a que los andaluces no hayan identificado este aspecto de nuestro desarrollo económico como una de las señas más relevantes, según vimos en apartado anterior.

Con independencia de estos problemas, los andaluces tienen valoraciones y actitudes hacia el trabajo que permiten despejar ciertas dudas sobre este rasgo de nuestra forma de ser, creadas por la construcción social de imágenes como las ya analizadas. Los andaluces creemos mayoritariamente que el trabajo es una forma de realizarse personalmente (87,7 %), un deber y obligación de toda persona que se precie (84,6 %) y un medio para conseguir mejor posición social (80,7 %). Como contrapunto a todo esto también creemos mayoritariamente que el trabajo es sólo un medio de ganar el dinero para vivir (65,7 %)⁵⁷. Aunque esta cifra disminuye con el nivel de formación y aumenta con la edad, se trata de una mayoría significativa que expresa así su consideración por la opción de trabajar para vivir, en lugar de vivir para trabajar.

Dada la escasez de este bien, muchos andaluces preferirían crear su propia empresa o ser autónomos (43,1 %) a ser empleados por cuenta ajena (48,5 %). No obstante, son pocos los que se deciden a hacerlo y la preferencia por el trabajo asalariado aumenta ligeramente con el nivel de formación. No obstante, entre quienes tienen estudios secundarios o universitarios hay un 40 % que cree que somos poco dados a innovar y cambiar y un 37 % que cree que no somos lo bastante dinámicos y emprendedores en materia económica.

Caso de optar por un trabajo asalariado, los andaluces son prácticos a la hora de fijar lo que ellos querrían en un puesto de trabajo: que fuera un trabajo seguro sin riesgos de cierre o despido (66,4 %), que tuviera un salario con el que no tuvieran preocupaciones respecto al dinero (51,9 %), que tuvieran compañeros de su agrado (42,2 %) y que les hiciera sentirse realizados (36,0 %), cifra ésta que aumenta con el nivel de formación. Finalmente, una significativa mayoría de andaluces (68,9 %) opina que para encontrar un empleo y progresar en el trabajo son más importantes las relaciones sociales y personales que los méritos⁵⁸.

Estas opiniones y preferencias sugieren que, frente al valor económico del trabajo, los valores simbólicos como la autorrealización quedan reservados para quienes están más preparados para apreciar esos valores y pueden aspirar a un trabajo donde puedan realizarlos, que no son la mayoría de los andaluces. También indica una actitud hacia el trabajo y la innovación conservadora, defensiva y poco arriesgada. Finalmente hay que subrayar la creencia tan extendida que hay sobre la mayor influencia de las relaciones personales y sociales frente al mérito en el acceso y progreso en el trabajo, que es una pauta muy poco acorde con la modernización y la igualdad de oportunidades.

4.4. La religión

La religión es un aspecto central de la vida corriente. Una amplia mayoría de andaluces se declara católica, aunque la proporción de los que así lo hacen descendió entre diez y quince puntos porcentuales en los últimos veinte años, pasando de casi el 90 % a una cifra entre el 75 % y el 80 %. Es un descenso menor que el que ha habido en el conjunto de España⁵⁹. No obstante, la cifra de católicos que dicen no asistir casi nunca a actos religiosos alcanzaba el 64 % en España y el 61 % en Andalucía⁶⁰. Esto indica un compromiso escaso de los católicos con los preceptos de su religión, que puede significar un alejamiento progresivo de la misma, aunque no se abandone formalmente. Se trata de un proceso de secularización que en Andalucía tiene lugar de manera algo más lenta que en el resto de España y de Europa.

Debido a este proceso, la religión, pese al importante número de católicos, influye poco en la vida de los andaluces. Se siguen practicando los rituales del bautismo, la primera comunión, el matrimonio y los funerales, aunque están en declive, y alguno como la extremaunción casi ha desaparecido. Muchos de los rituales se siguen practicando más por rutina que por convicción y por la ausencia de otros que los sustituyan en la celebración de estos grandes acontecimientos familiares⁶¹. Tampoco la religión católica influye mucho en algunas cuestiones de moral, como las relacionadas con la sexualidad o la procreación, de los que dicen pertenecer a ella⁶². Este alejamiento de los creyentes de su iglesia influye sin duda para que una mayoría de andaluces (68 %) vean mal que la iglesia intervenga en el debate político, opinen que las posiciones de la Conferencia Episcopal no representan la opinión de la mayoría de los católicos (61 %) y, en menor medida, deseen que la financiación de la Iglesia por parte del Estado fuera más baja (48 %)⁶³. Pese a todo esto, a la iglesia católica se le reconoce el papel que desarrolla en materia de asistencia social y atención a los más necesitados, especialmente a través de Cáritas, más visible en estos momentos por el aumento de la pobreza debido a la crisis económica.

El interés por la religión en Andalucía se traduce en una dedicación notable a la organización y participación en demostraciones religiosas de todos conocidas (semana santa, romerías, procesiones patronales...). Siempre hay una parte más bien minoritaria que dice participar en estas actividades sólo por razón de sus creencias, sin perjuicio de que se pueda expresarlas y rendirles culto de manera festiva y, a veces, casi profana. Para otros muchos, se trata de una forma de religiosidad que está muy vinculada a la fiesta, la diversión y la convivialidad, hasta el punto de que es difícil separar qué es lo que más importa realmente a quienes participan en ellas. También está vinculada a una forma especial de movilidad social por las que ciudadanos anónimos adquieren relevancia social por la ocupación y ostentación de cargos en las hermandades y cofradías que se ocupan de mantener esta tradición. Finalmente, está vinculada al mantenimiento de la convivialidad entre amigos que por la diáspora o por las ocupaciones cotidianas no tienen oportunidad de encontrarse, excepto en las ocasiones en que los convoca la hermandad, la cofradía, la agrupación o asociación a la que pertenecen. En los últimos años se ha expandido la participación organizada de las hermandades y cofradías en ferias y fiestas populares (cruces, patios...), aumentando así su presencia en la vida de la comunidad, so pretexto de que es una fuente más de financiación para desarrollar su objetivo principal.

Es evidente que este conjunto de actividades ligadas a la religiosidad popular consumen energía, tiempo y recursos importantes. En ocasiones, alteran el normal desarrollo de la vida urbana, del trabajo y de la producción. También es cierto que son un reclamo para el turismo y entretenimiento para quienes participan activa o pasivamente en ellas. Entre los andaluces se habla de este tema y de sus aspectos positivos y negativos, pero es un debate que llega poco al nivel de debate público, tal vez por miedo a que pudiera malinterpretarse. En las últimas décadas ha sido llamativo cómo los políticos de partidos de ideología secular se han prestado a participar y amparar estas actividades, por motivos distintos, desde los meramente electorales hasta los puramente religiosos. En cualquier caso, que se trata de un tema sensible lo prueba el hecho de que los andaluces estén divididos en torno a él: casi la mitad (45,4 %) opinan que se dedica demasiado tiempo a organizar procesiones, romerías y fiestas similares, aunque son unos pocos más los que no opinan así (50,7 %)⁶⁴.

La relación de los andaluces con lo sagrado presenta contradicciones evidentes, tal vez más acusadas aquí que en otros lugares, por las muchas formas en las que esas relaciones se expresan y los muchos asuntos que se subliman a través de ellas. Contradicciones que pudieran operar como obstáculos para que la sociedad andaluza avance en el proceso de racionalización propio de la modernidad.

4.5. El contexto

Se decía antes que la vida corriente hay que entenderla en el contexto de los recursos y oportunidades que condicionan su desarrollo. Como puede verse en la tabla 8, en los últimos treinta años, los andaluces han tenido una opinión más negativa que positiva del contexto general en el que se ha desarrollado su vida corriente, esto es, de la situación general de la Comunidad. Esta valoración se suavizó en el periodo 2000 a 2006, aunque siguieron siendo más los que sostenían una opinión regular y mala que buena. Pese a todos los cambios y mejoras que ha habido en esos años, la percepción social del contexto tiene una constante subyacente de descontento que indica que no se han colmado las aspiraciones de cambio, o que el recuerdo de la gravedad de los problemas endémicos que Andalucía arrastró hasta la restauración de la democracia sigue empañando la percepción de los cambios. Sin desechar la importancia de la segunda razón me inclino por la primera porque los andaluces son conscientes de los cambios que se han producido, pero también creen que quedan muchos por hacer. Un 55 % de andaluces opina que, en efecto, se han producido muchos cambios, pero un 83 % cree que aún quedan muchos por hacer⁶⁵.

Como ya se ha señalado, los problemas y carencias de Andalucía han sido históricamente tantas y los problemas estructurales se mantienen con una persistencia tan tozuda, que no es extraño que sus sombras se sigan proyectando sobre el presente. No obstante, hay bastante consenso en que la actividad del sector público ha resuelto muchas de esas carencias. Las inversiones en infraestructuras y servicios han contribuido a ello y han sido una parte importante de la economía andaluza. También ha sido fundamental

Tabla 8. Opinión sobre la situación general de Andalucía (%)

	1982	1990	1996	2000	2002	2006	2008	2010	2012
Buena	7,6	20,9	14,1	36,8	36,5	45,8	17,8	10,1	3,9
Regular	39,1	55,6	57,1	39,0	34,9	32,6	25,8	22,1	11,2
Mala	49,7	19,2	26,8	22,7	27,0	19,4	54,9	67,5	84,2

Fuentes: 1982: CIS, Estudio nº 1523; 1990: CIS, Estudio nº 1578; 1996: IESA, Estudio E-9605; 2000: IESA, Estudio nº E-0004; 2002: IESA, Estudio nº E-0211; 2006: IESA, Estudio nº E-0613; 2008: IESA, Estudio nº E-0708; 2010: IESA, Estudio nº E-1022; 2012: IESA, Estudio nº E-1201

la financiación procedente de la Unión Europea para reducir los desequilibrios de las regiones de menos renta, como ha sido el caso de Andalucía. Se han universalizado los grandes servicios públicos de educación y sanidad, creando las infraestructuras necesarias. Se han desarrollado los servicios sociales y se ha estado a la cabeza en la aplicación de la ley de dependencia. Se han construido infraestructuras de comunicaciones de todo tipo. Se ha avanzado mucho en la conservación del patrimonio cultural y ambiental. Los municipios se han dotado de equipamientos culturales y deportivos más que suficientes y han mejorado notablemente las vías y el mobiliario urbano. Los andaluces disponen en sus hogares de los equipamientos domésticos usuales en los países desarrollados. Sería muy prolijo enumerar todos los indicadores que pueden avalar estas afirmaciones, aunque es verdad que en casi todos los casos las cifras andaluzas están algo por debajo de la media española⁶⁶.

Los andaluces han venido aprobando la labor del gobierno andaluz desde el inicio de la autonomía. Igualmente han valorado bien la calidad y evolución de las políticas públicas (educación, sanidad, medio ambiente, infraestructuras, atención a los mayores, igualdad...), actitud que se ha traducido en sucesivas victorias electorales del PSOE que fue el partido que impulsó todos estos cambios desde su primera victoria electoral en Andalucía en 1982⁶⁷. Las políticas mejor valoradas han sido las de educación, sanidad, infraestructuras, atención a los mayores, apoyo a las mujeres y a los jóvenes o protección del medio ambiente. La política educativa empezó a ser mal valorada a mediados de la década pasada, cuando empezaron a aflorar los problemas del fracaso escolar y las dificultades del sistema para enfrentarse a los problemas en las aulas (multiculturalidad, problemas familiares o del entorno social, motivación de los alumnos...). Las políticas de empleo

siempre han estado mal valoradas porque nunca se resolvió el problema. También las políticas de vivienda e inmigración han estado mal valoradas. Los ciudadanos valoran mal las políticas sobre asuntos que viven o perciben como problemas no resueltos.

La tendencia a la aprobación de la labor del gobierno se quebró en 2010, año en el que por primera vez los andaluces no la aprobaron, aunque el deterioro de la situación comenzó en 2008, cuando por vez primera también los andaluces no aprobaron la labor del Presidente de la Junta⁶⁸. Finalmente, en 2012 se produjo la primera derrota electoral del Partido Socialista Obrero Español en las elecciones autonómicas en las que obtuvo menos votos que el Partido Popular, aunque pudo seguir gobernando mediante un pacto de gobierno con Izquierda Unida.

Los datos de que disponemos sobre la satisfacción subjetiva de los andaluces, como indicador de su mejor o peor acomodo al contexto en el que viven, reflejan una sociedad con un nivel medio alto de satisfacción subjetiva. Sobre una escala de 0 a 10, la satisfacción con la vida personal era de 7,12 en 1998⁶⁹ y 2003 y 7,41 en 2009⁷⁰. Para este último año, los datos de Andalucía y España (7,31) son muy similares. Estamos por encima de países como Francia (6,35), Alemania (6,95) o Inglaterra (7,08), pero por debajo de otros como Dinamarca (8,54), Finlandia (7,94), Noruega (7,89), Suecia (7,86) u Holanda (7,69). En 2012 la satisfacción de los andaluces con su vida era algo menor (6,7), inducida por la satisfacción también más baja que tenían con su situación económica personal (6,1). No obstante, la satisfacción con las relaciones personales y familiares se mantenía como en niveles de años anteriores (7,6)⁷¹. Una vez más la convivencia aparece como una componente positiva de nuestra vida corriente.

En 2012 la satisfacción de los andaluces con su vida era algo menor que en años anteriores (6,7), inducida por la satisfacción también más baja que tenían con su situación económica personal (6,1). No obstante, la satisfacción con las relaciones personales y familiares se mantenía como en niveles de años anteriores (7,6)

Nos encontramos con una valoración del contexto general en el que se desenvuelve la vida corriente de los andaluces que no es positiva, excepto en un breve periodo de las tres décadas que componen la serie histórica de datos utilizados. No obstante, la felicidad de los andaluces se ha mantenido relativamente alta, probablemente gracias a lo que a ella aporta un arte de vivir que depende más de las relaciones personales y la convivencia que de los aspectos materiales.

5. Identidad, clave cívica y cultura política

La posición ideológica, la idea de buena ciudadanía y su práctica, el capital social, la cultura política, el asociacionismo y la participación social, son aspectos que están relacionados entre sí, de los que dependen muchos logros políticos, sociales y económicos. En los países con menor desigualdad social y mayor bienestar, de los que los países nórdicos se suelen poner como ejemplo, la puntuación de muchas de las variables que se utilizan para medir esos conceptos suele ser mayor que en los que no alcanzan esas cotas de bienestar⁷².

5.1. Identidad político-ideológica

Desde el punto de vista ideológico y político, Andalucía es una sociedad plural. No obstante, los ciudadanos que se identifican con la cosmovisión ideológica denominada convencionalmente de izquierda son más que los que se identifican con otras posiciones. Estas posiciones han evolucionado en las últimas décadas como reflejo de los cambios socioeconómicos que han ocurrido en ese periodo.

Tabla 8. Evolución de la autopoición ideológica de los andaluces

	1986	1996	2006	2012
Izquierda	7,9	10,5	9,6	8,6
Centro-Izquierda	30,9	23,6	24,0	23,5
Centro	13,9	24,4	24,3	31,0
Centro-Derecha	7,7	11,5	11,4	11,2
Derecha	2,9	6,8	7,1	3,4
NS/NC	27,5	25,2	23,6	22,3

Fuentes: 1986: CIS, Estudio nº 1.523; 1996: IESA, Estudio nº E-9605; 2006: IESA, Estudio nº E-0613; 2012: IESA, Estudio nº E-1201.

Como puede verse en la tabla 8, las posiciones de izquierda en su conjunto han bajado cerca de siete puntos porcentuales, la posición de centro ha crecido en dieciséis puntos y las de derecha lo han hecho en cuatro. En la tabla siguiente se recoge otra forma de ver la identificación ideológica con una tipología distinta.

Tabla 9. Autodefinición política (%)

	Andalucía	España
Consejador/a	8,3	12,9
Demócrata cristiano/a	4,8	7,0
Liberal	12,7	13,5
Socialdemócrata	8,1	8,2
Socialista	24,4	18,5
Comunista	1,7	1,7
Nacionalista	0,4	4,3
Ecologista	3,0	3,9
Otros	2,0	2,2
NS/NC	34,5	25,4

Fuente: CIS, Estudio nº 2.829. 2010. Barómetro Autonómico II. Andalucía.

Estas cifras pueden variar ligeramente según otras fuentes, pero indican una tendencia consolidada al aumento de la posición de centro, que hoy es ya lugar común reconocer entre los analistas, y el mantenimiento del mayor peso relativo de las posiciones de izquierda. La autopoición ideológica media en Andalucía ha sido siempre inferior a cinco, esto es, situada en la izquierda y, por lo general, algo más a la izquierda que la media española. Esta mayor identificación de los andaluces con la izquierda tiene razones que he analizado con cierta extensión en otro lugar⁷³.

La explicación, en resumen, tiene que ver con el peso que tienen en la memoria de los andaluces los efectos sociales de la estructura latifundista de la propiedad de la tierra, el atraso histórico, la conflictividad social y el papel que las distintas fuerzas políticas han tenido en la solución de esa situación. La sociedad andaluza ha podido constatar con la experiencia aun presente en la memoria de algunas generaciones cómo las clases más favorecidas, minoritarias numéricamente, pero poseedoras de gran parte de los recursos, han manifestado históricamente escasa preocupación por la solución de los problemas endémicos de Andalucía. Por ello, la mayoría de la sociedad andaluza, la que procede sobre todo del ámbito rural y de las capas menos favorecidas de las zonas urbanas, no identifica a la derecha ni con la idea de progreso ni con la preocupación sincera por resolver los problemas históricos de la sociedad andaluza. Por el contrario, la idea de cambio y mejora de las condiciones sociales de todo tipo está asociada, para la mayor parte de los andaluces, con las fuerzas políticas de izquierda, y en particular con el PSOE. Es cierto que los resultados electorales de 2012 han significado una ligera alteración de la estabilidad de esa identificación, que no será irreversible a tenor de la evolución de la situación política de España con el gobierno del Partido Popular.

Los andaluces que están en las posiciones de izquierda y centro izquierda tienen una idea bastante clara de los objetivos y políticas que a su juicio se identifican con esta forma de pensar⁷⁴. Crean, en la proporción que en cada caso se cita entre paréntesis, que los temas que se identifican más con la izquierda son los siguientes: la participación de los ciudadanos en las decisiones políticas (67 %), el respeto a la libertad de expresión (64,8 %), la defensa de los derechos de los inmigrantes (61,8 %), la redistribución de la riqueza (61,7 %), la educación y la salud como servicios públicos (60,3 %), la defensa de los derechos de las mujeres (57 %), aumentar la descentralización del Estado (47,9 %) y aumentar los impuestos (47,1 %) o bajarlos (43,1 %). En este último tema, los datos reflejan la contradicción con la que se vive este tema entre la izquierda moderada, como se ha visto en los últimos años, cuando la idea de bajar los impuestos se asumió como algo también propio de la izquierda que tradicionalmente se había identificado con lo contrario.

La mayoría de los que se identifican con la posición de centro, entre un tercio y la mitad, tienden a pensar que esos temas no están asociados a la izquierda ni a la derecha. Algo similar sucede con quienes están en la posición de derecha y centro derecha que, no obstante, seleccionan los siguientes temas cómo los más identificados con la derecha: defensa de la influencia de la iglesia católica en la política (54,0 %), apego a la tradición (53,2 %), respeto a la autoridad (52,1 %), defensa y protección de la familia (50,9 %) y combate contra el terrorismo internacional (48,1 %). En los demás casos la mayoría de los que están en esa posición tienden a pensar, como en caso del centro, que no están asociados a ninguna de ellas.

Desde el punto de vista de la identificación nacionalista, los andaluces mantienen desde hace tiempo una identificación dual, como puede verse en la tabla 10, en la que la mayoría se sitúa en la posición de «tan andaluces como españoles». La proporción de los que así se declaran se ha incrementado con los años, pasando de ser algo más de la mitad a ser en torno a dos tercios. La proporción de quienes se sienten sólo andaluces siempre ha sido exigua, aunque ha aumentado algo la de los que dicen sentirse más andaluces que españoles.

Tabla 10. Identificación nacionalista (%)

	1982	1992	2002	2012
Sólo español/a	11,6	8,2	6,7	3,7
Más español/a que andaluz/a	10,0	8,7	7,3	6,6
Tan andaluz/a como español/a	57,6	64,4	70,1	67,1
Más andaluz/a que español/a	12,8	13,0	12,6	19,9
NS/NC	8,0	5,9	3,2	2,7

Fuentes: 1982: CIS, Estudio nº 1.298; 1992: CIS, Estudio nº 2.025; 2002: CIS, Estudio nº 2.455; 2012: CIS, Estudio nº 2.956.

Otros datos muestran que la identidad múltiple de los andaluces es aún más compleja. Se identifican con varios ámbitos más sin que haya mucha distancia en la intensidad con la que dicen sentir el sentido de pertenencia a ellos. Los andaluces se identifican con Andalucía (8,48), España (8,28), la provincia donde se vive (8,27), el pueblo o ciudad donde se vive (8,19) y Europa (6,32)⁷⁵. Esto no implica que el andalucismo como vínculo de identidad y pertenencia no sea un sentimiento arraigado entre los andaluces. Dos tercios de los andaluces (66,8 %) creen que el sentimiento regional es algo que ha estado siempre muy presente en la sociedad andaluz, que no es algo folclórico e improvisado (68,0 %), que no se ha producido como reacción al nacionalismo vasco y catalán (66,4 %) y que es un sentimiento que tiene poco que ver con la forma de nacionalismo de estas dos comunidades. Tal vez por ello los andaluces siempre han preferido referirse mayoritariamente a Andalucía como una región y no como una nación⁷⁶.

5.2. Preferencia por modelo de Estado

La identificación dual explica que la preferencia de la mayoría de los andaluces haya sido y siga siendo el actual modelo de Estado de las Autonomías, con matices sobre si el grado de autonomía debiera ser mayor o menor, frente a un estado sin autonomías y frente a un estado que permitiera a las comunidades autónomas convertirse en independientes (tabla 11).

Tabla 11. Preferencia por modelo de estado

	1984	1992	2002	2012
Modelo I	13,3	11,3	6,1	14,1
Modelo II	32,1	44,0	51,4	46,2
Modelo III				13,7
Modelo IV	21,3	19,5	24,2	12,4
Modelo V	4,7	1,7	2,1	1,8
NS/NC	28,8	22,1	16,1	11,2

Modelo I: Un Estado con un único Gobierno Central sin autonomías.

Modelo II: Un Estado con Comunidades Autónomas como en la actualidad.

Modelo III: Un Estado en el que las Comunidades Autónomas tengan menor autonomía que en la actualidad.

Modelo IV: Un Estado en el que las Comunidades Autónomas tengan mayor autonomía que en la actualidad.

Modelo V: Un Estado en el que se reconociese a las Comunidades Autónomas la posibilidad de convertirse en estados independientes.

Fuentes: 1984: CIS, Estudio nº 1.421; 1992: CIS, Estudio nº 2.025; 2002: CIS, Estudio nº 2.455; 2012: CIS, Estudio nº 2.956.

La identificación de los andaluces con esta forma de Estado y el compromiso con su defensa es firme. Dos tercios de andaluces (68 %) expresaron la opinión de que no están de acuerdo con que otras comunidades quieran ejercer el derecho de autodeterminación. Una mayoría aún más amplia (72,7 %) no querría que ese derecho se reclamara para Andalucía y, en caso de que hipotéticamente se produjera, piensan que sólo serviría para obtener los privilegios que ya tienen otras (64,5 %) ⁷⁷. Una forma indirecta de poner en duda la invocación de intereses no materiales para defender la autodeterminación. Por último, en Andalucía hay una visión muy igualitaria del Estado de las Autonomías, ya que una mayoría significativa (69,3 %) cree que no debe haber diferencias en los servicios y prestaciones que ofrecen las distintas Comunidades Autónomas, opinión muy próxima a la media española ⁷⁸.

Merece la pena volver sobre algunas reflexiones sociológicas, más breves de lo que la importancia de la cuestión merece, que explican por qué en Andalucía, pese a las singularidades que tiene, no acabó de fraguar alguna forma de nacionalismo en lugar de esta otra de identidad compartida como la que se acaba de ver ⁷⁹. La sociedad andaluza no ha tenido, hasta muy recientemente, la experiencia de participar en un proyecto común basado en la cohesión y la integración social. La desigual distribución de los recursos propia de una sociedad latifundista, la polarización social que producía, los conflictos sociales que avivaba y la frustración de las soluciones que no llegaron a buen fin, especialmente una reforma agraria a tiempo, no facilitaron que ese proyecto común pudiera realizarse como en otros lugares en los que empezaba a ponerse en marcha a comienzos de S. XX. La ausencia de una

clase media, siquiera fuera incipiente, de una burguesía moderna, industrial, comercial y profesional, dejaba aún más expedito el camino de la polarización, la fractura social y la falta de entendimiento común. Los andaluces miraron durante bastante tiempo al poder central. Unos para pedir protección para sus propiedades y para reducir la conflictividad social que amenazaba a su seguridad y a sus beneficios. Otros para pedir soluciones y protección ante una situación tan precaria como la que tenían.

La normalización de Andalucía se ha producido en las últimas décadas con el esfuerzo de los andaluces y la contribución de la solidaridad nacional y europea sin la que no hubiera sido posible. Aunque los andaluces tienen en estos momentos una visión más negativa que positiva de los efectos de nuestra pertenencia a la Unión Europea, en el balance general todavía creen que ha sido algo más bien positivo ⁸⁰. Además, Andalucía no puede obviar el hecho de ser una región periférica de este espacio europeo al que pertenece y del que quiere seguir formando parte. Esto la obliga a un esfuerzo adicional para mantenerse conectada al centro, que lo puede realizar mejor dentro de España. Finalmente, Andalucía sigue necesitando de aquella solidaridad, ya que sus características socioeconómicas la sitúan aun entre las regiones susceptibles de recibirla por su nivel comparativo de renta. Este contexto contribuye a reforzar la identificación dual que ha sido tradicional en la política de la identidad andaluza.

Por todo lo anterior, Andalucía se siente cómoda en el modelo de Estado de las Autonomías, que los andaluces valoran de manera moderadamente positiva, pese a los problemas que también le reconocen. Esta valoración era bastante más positiva pocos años atrás, antes de que irrumpiera la crisis. Probablemente, cuando mejore la situación económica se recuperen los valores de aquellos años. Mientras tanto hay que reconocer que la imagen de las CCAA se ha deteriorado, aunque esto no ha afectado significativamente a la preferencia por este modelo de Estado, ya muy consolidado.

Casi la mitad de los andaluces (45,4 %) siguen creyendo en la actualidad que las CCAA han sido algo más bien positivo y sólo una cuarta parte (25,3 %) opina que haya sido negativo ⁸¹. Estos datos han empeorado bastante respecto a los que había antes de la crisis, por efecto de ésta y por los intentos de desacreditarlas que a la sombra de ella se han producido. Desde 2005, la valoración positiva ha descendido unos veinte puntos porcentuales (ha pasado del 65,6 % al 45,4 %) y la negativa se ha duplicado (ha pasado del 12,6 % al 25,3 %) ⁸². En el lado positivo, los andaluces reconocían que las CCAA habían acercado la gestión a los problemas y necesidades concretas de los territorios (54,7 %) y habían mejorado la convivencia entre comunidades y regiones (38,7 %). En el lado negativo, creían que habían contribuido al desarrollo de los separatismos (49,2 %) y al aumento del gasto público sin mejorar los servicios (35,5 %). Estos

La normalización de Andalucía se ha producido en las últimas décadas con el esfuerzo de los andaluces y la contribución de la solidaridad nacional y europea, sin la que no hubiera sido posible. Aunque los andaluces tienen en estos momentos una visión más negativa que positiva de los efectos de nuestra pertenencia a la Unión Europea, en el balance general todavía creen que ha sido algo más bien positivo

datos eran prácticamente iguales que diez años atrás (1996), excepto en la cuestión del gasto público, que mejoró bajando trece puntos porcentuales (pasó del 48,8 % al 35,5 %)⁸³.

También la satisfacción con el funcionamiento del Estado de las Autonomías ha sufrido un importante deterioro en los últimos años. Entre 2002 y 2012 la proporción de los que valoraban bien el funcionamiento ha pasado de ser casi la mitad (48,2 %) a ser una quinta parte (20,1 %) y la de quienes lo valoraban mal se ha multiplicado por cinco (ha pasado del 4,9 % al 24,8 %). Finalmente, también ha empeorado entre esos mismos años la percepción del riesgo de que aumentaran las diferencias de prosperidad o riqueza entre las Comunidades Autónomas. En 2002 sólo un 27,9 % creía que estas diferencias estaban aumentando y en 2012 lo pensaba el 40,3 %. Por el contrario, el 20,7 % que en 2002 creía que estaban disminuyendo bajó al 14,9 % en 2012⁸⁴.

El balance que puede hacerse del estado de opinión sobre el modelo autonómico es que, pese al deterioro sufrido, la valoración tanto del modelo en sí como de su funcionamiento continúa siendo más positiva que negativa. Al mismo tiempo, los aspectos positivos que los ciudadanos señalan refuerzan la consolidación del modelo, especialmente la percepción del valor que dan al acercamiento de la gestión de los servicios y prestaciones a los ciudadanos. No obstante, han aflorado dos aspectos críticos relevantes que no pueden obviarse: el reconocimiento por parte de la ciudadanía del problema del gasto público y su preocupación por los efectos que el modelo pueda tener en las desigualdades entre comunidades. Esta última es una cuestión que puede considerarse intrínseca al modelo, cuya solución no es fácil como se ha venido observando. Por un lado, queremos una forma de autogobierno que reconozca las diferencias y permita gestionirlas de acuerdo con la política de la identidad de cada una de ellas. Por otro, consideramos efectos perversos y no queridos de ese proceso las diferencias que puedan derivarse de su funcionamiento, que previsiblemente se producirán. El reto del modelo, al que los ciudadanos no son ajenos, es encontrar un equilibrio entre diversidad e igualdad, cuya solución es materia genuinamente política, y aceptar las diferencias que inevitablemente se producirán.

5.3. Clave cívica y cultura política

Los andaluces definen en el siguiente orden, con la importancia que se señala entre paréntesis, algunos de los rasgos de lo que sería un buen ciudadano: pagar los impuestos que correspondan (86,35 %), obedecer la ley (84,0 %), ser siempre educado (79,3 %), pertenecer a asociaciones que ayudan desinteresadamente a los demás (78,0 %), participar en los asuntos

de su barrio (75,8 %), estar al día de lo que pasa en el mundo (61 %), votar en las elecciones (58,6 %), trabajar mucho (57,8 %), saber cómo se gasta el dinero público (51,0 %), pertenecer a un partido político o a un sindicato (19,2 %) ponerse en pie cuando suena el himno nacional (19,2 %). Obviamente, no se espera que estas respuestas reflejen el comportamiento de hecho de los ciudadanos, pero sí reflejan el valor simbólico que otorgan a estos componentes del ideal del buen ciudadano. La jerarquización pone de manifiesto la distinta importancia que se da a los rasgos relacionados con la idea de orden (los tres primeros) en comparación con los relacionados con el trabajo y la participación en la vida pública (los cinco últimos).

El contrapunto a este ideal ciudadano es la percepción que tienen los andaluces sobre la extensión de la corrupción, como indicador de la existencia de conductas opuestas a ese ideal. En la actualidad, esta percepción está muy extendida y ha empeorado significativamente en muy poco tiempo. En 2012 en torno a cuatro quintas partes de los andaluces creían que la corrupción estaba bastante o muy extendida en la política autonómica y nacional, y algo menos en la local. Sólo en dos años estas cifras habían aumentado en unos veinte puntos porcentuales, pasando del entorno del 60 % al del 80 %. Muchos andaluces creen que esta corrupción es similar a la del resto de España (56,3 %) o menor (21,0 %). Sólo el 13,8 % piensa que es mayor⁸⁵. Sin duda, este deterioro se ha producido por la repercusión que están teniendo los muchos casos de corrupción que se han ido desvelando, algunos con mucha repercusión mediática como el caso de la Operación Malaya, el caso Gürtel, el caso de los ERE o el caso Nòos. En los últimos diez años ha habido 800 casos y casi 2.000 detenidos relacionados con este tema⁸⁶.

La mayor parte de estos casos son de naturaleza urbanística. En este sentido, ya en 2006, una gran mayoría de andaluces (80,6 %) creía que en los municipios de Andalucía podría haber bastante o muchas irregularidades urbanísticas. Algo más de la mitad (52,5 %) creían que eso podría estar sucediendo en su propio municipio. La reacción ante el caso concreto de construcciones ilegales en zonas rurales más o menos cercanas a pueblos o ciudades (urbanizaciones ilegales), no era sin embargo muy exigente. Sólo el 41,5 % opinaba que habría que derribarlas en todos los casos y un 54,2 % opinaba que no habría que actuar así.

En este tema específico había una condescendencia amplia con estas conductas, que pone de manifiesto cierta tolerancia con la corrupción en materias relacionadas con el desarrollo de la vida corriente. Esto puede explicar la importancia de la economía sumergida y otras conductas inapropiadas para cuya justificación se invocan las situaciones de necesidad, tanto por quienes las practican como por quienes se benefician de ellas. Se trata de una actitud impropia de la modernidad, que defiende el respeto al Estado de

Derecho democrático porque el orden social que produce es a la larga mejor para todos, incluidos los que no lo hacen.

El consumo forma parte de la nueva idea de la vida buena que se ha expandido recientemente. Los andaluces en su condición de consumidores dicen tener una actitud según la cual un tercio consume sólo lo que necesitan y algo más de la mitad (55,5 %) consume lo que necesita y algo más. Sólo un 7,6 % dice consumir muchas cosas que no necesita. Esto indica que el consumo innecesario, aunque no tenga por qué ser en grado extremo, está bastante extendido, casi en la misma proporción que el consumo responsable. Por otra parte, a los andaluces la palabra consumo les evoca necesidad (51,5 %), despilfarro (37,7 %), bienestar (28 %), endeudamiento (18,9 %) y ocio (13,6 %), que indica también la importancia del consumo responsable⁸⁷. Estos datos indican que los andaluces participamos del consumo como uno de los componentes de la idea de vida buena. No obstante, está extendida hasta la mitad de la población aproximadamente una concepción del consumo responsable, contenido en los límites de lo necesario. Esto podría explicarse por la experiencia de una mayoría de la sociedad andaluza sociedad, que hasta hace no tanto vivía en condiciones de escasez económica tal que la práctica de un consumo austero era lo habitual.

El capital social y la pertenencia a asociaciones son otro de los aspectos importantes de la clave cívica. Hay que recordar que el concepto de capital social, medido a través de la variable que se utiliza habitualmente de confianza en los demás, es importante por la influencia que tiene en la participación social y política y en el desarrollo económico e institucional. Sin entrar en el debate sobre hasta qué punto estas relaciones de influencia están definitivamente confirmadas, se mantendrán aquí como hipótesis. En Andalucía, el capital social medido como antes se ha indicado es ligeramente menor que en España, que la media de los países que participaron en la Encuesta Social Europea de 2003, ya citados, y bastante menor que el de los países nórdicos, que suelen citarse como ejemplo de alto capital social que confirma las relaciones anteriores⁸⁸.

En términos generales, sólo una cuarta parte de los andaluces (24,4 %) cree que se puede confiar en la mayoría de la gente, frente a las tres cuartas partes (74,1 %) que cree que no⁸⁹. La confianza es mucho mayor cuando se trata de la familia (93,5 %), los vecinos (77,9 %) o los compañeros de trabajo (65,3 %). Son datos que confirman la importancia de la familia y convivencia a la que antes nos hemos referido.

La participación social y el asociacionismo son algo mayores en Andalucía que en España, pero inferiores a la media europea, según la encuesta internacional a la que nos venimos refiriendo, especialmente en el caso de los ya citados países nórdicos. Se trata de un asociacionismo en el que predomina

la pertenencia y la participación con asociaciones deportivas, recreativas, vecinales y religiosas, y bastante menos relacionado con actividades políticas. También un asociacionismo más basado en la colaboración más o menos ocasional que en la afiliación estable⁹⁰. Estos datos apuntan a que la sociedad civil andaluza sigue siendo más bien débil, sigue estando fragmentada por la influencia local que ejerce el provincialismo en Andalucía y se basa sobre todo en las formas de relación social y convivencia ya comentadas.

Tabla 12. Qué sentimiento le inspira la política (%)

	1992	2001	2011
Entusiasmo	0,9	2,3	1,4
Compromiso	3,9	7,1	5,0
Interés	18,7	24,2	16,4
Indiferencia	23,6	25,3	14,6
Aburrimiento	16,0	16,3	17,6
Desconfianza	19,7	15,6	29,4
Irritación	7,9	5,1	2,8

Fuentes: 1992: CIS, Estudio nº 1.992; 2001: IESA, Estudio nº E-0108; 2011: IESA, Estudio nº E-1115

Las características del capital social y la sociedad civil reflejan también las débiles relaciones de los andaluces con la política, muy parecidas a la media española. Estas relaciones han empeorado de manera muy acusada con la crisis, pero con perspectiva temporal se puede contextualizar mejor la coyuntura actual. Los andaluces son muy conscientes de la importancia que la política tiene en sus vidas cotidianas. Un amplia mayoría cree que

La Encuesta Social Europea muestra que el interés por la política en Andalucía (24,8 % en mucho+bastante) está muy por debajo de la media europea (45 %) y también muy por debajo de países como Alemania (58 %), Finlandia (47,5 %), Francia (44,0 %), Reino Unido (52,7 %), Holanda (65,7 %) o Suecia (61,5 %)

las decisiones del gobierno de la nación afectan mucho o bastante a su bienestar personal o familiar (88,7 %), lo mismo que creen que le afectan las decisiones del gobierno autonómico (83,3 %) y del gobierno municipal (75,9 %)⁹¹.

Pese a ello, el grado de interés de los andaluces por la política nunca ha sido alto si se compara con otros países. En la tabla 12 se puede ver que los sentimientos negativos que inspira la política siempre han sido más que los positivos. Esta diferencia es mayor ahora porque ha aumentado la desconfianza. Midiendo el interés por la política de una manera más directa, como se recoge en la tabla 13, también se confirma el bajo nivel de interés. En este caso se puede utilizar la Encuesta Social Europea para comparar. El interés por la política en Andalucía está muy por debajo de la media europea (45 % en mucho+bastante) y también muy por debajo de países como Alemania (58 %), Finlandia (47,5 %), Francia (44,0 %), Reino Unido (52,7 %), Holanda (65,7 %) o Suecia (61,5 %)⁹². Son diferencias muy significativas.

Tabla 13. Interés por la política (%)

	2001	2011
Mucho+bastante	29,4	24,8
Poco	42,8	35,0
Nada	26,1	39,9
NS/NC	1,7	1,7

Fuentes: 2001: IESA, Estudio nº E-0108; 2011: IESA, Estudio nº E-1115.

No obstante, los andaluces otorgan a la democracia como forma de gobierno un alto grado de legitimidad difusa. Una gran mayoría (85,6 %) cree que es la mejor forma de gobierno posible, en proporción algo más alta que la media española (78,8 %)⁹³. Sin embargo la legitimidad específica, esto es, la valoración del funcionamiento concreto de la democracia en Andalucía es bastante más baja y también ha empeorado en los últimos años, como puede verse en la tabla 14⁹⁴.

Tabla 14. Satisfacción con el funcionamiento de la democracia (%)

	2001	2011
Mucho+bastante	58,3	39,5
Poco	31,9	41,8
Nada	3,9	15,7
NS/NC	5,8	4,4

Fuentes: 2001: IESA, Estudio nº E-0108; 2011: IESA, Estudio nº E-1115.

Estas pautas de la cultura política andaluza, por otra parte ya sabidas, van acompañadas además del reconocimiento de un grado apreciable de incompetencia política, por las dificultades que los andaluces dicen tener para comprender los temas políticos y porque creen que los ciudadanos influyen muy poco en las decisiones, ya que en su opinión los políticos se interesan más por los votos que por la opinión de los ciudadanos. En los últimos años se ha agudizado la desconfianza hacia la política, lo que aumenta aún más el sentido de incompetencia. Por ejemplo, en 2012, la valoración de la confianza en las instituciones había caído a puntuaciones nunca tan bajas: partidos políticos (2,21), Parlamento de Andalucía (3,94), poder judicial (3,98). Sólo se valoraba positivamente a las organizaciones no gubernamentales (5,16)⁹⁵.

La debilidad de la cultura política andaluza contrasta con las altas expectativas de los andaluces respecto al papel del Estado en la solución de muchos problemas: reducción de las desigualdades sociales, prestaciones sociales universales, ayuda a los más necesitados o intervención en la economía, entre otras. Esta es una característica de la cultura política andaluza influida por su historia económica y social, a la que ya nos hemos referido, y a las dificultades que estas condiciones supusieron para desarrollar actitudes orientadas a la responsabilización individual en la solución de los problemas. Difícilmente se pueden desarrollar estas actitudes cuando no hay oportunidades ni recursos para hacerlo⁹⁶.

Una situación de debilidad de la sociedad civil y de su cultura política, frente al deseo de un Estado fuerte que se responsabilice de la solución de muchos problemas, corre el peligro de crear una relación de dependencia que puede no ser buena para un sano desarrollo de la democracia y de la propia sociedad. Este dilema se ha resuelto en Andalucía más que por el fortalecimiento de la sociedad civil, por el camino más sencillo, y probablemente más práctico, de una alianza política duradera entre el partido, ahora 'los partidos', que pueden garantizar un estado que satisfaga esas expectativas y aquella parte de la sociedad que más se identifica con ese papel del Estado.

La sociedad civil, no obstante, ha crecido porque ha mejorado la formación de los andaluces y ha habido un desarrollo institucional que lo ha facilitado, aunque haya sido un crecimiento insuficiente. Fruto de ello es que al tiempo que se sigue demandando ese papel al Estado también ha aumentado entre los ciudadanos la preocupación por los efectos no deseados de ese modelo. Se trata sobre todo de las conductas de abuso del Estado de Bienestar que pueden amenazar su imagen y su futuro.

6. Conclusiones

Los viejos relatos identitarios sobre Andalucía han quedado obsoletos ante los cambios que se han producido en las últimas décadas por el esfuerzo de los andaluces, la restauración de la democracia, el desarrollo del Estado de las Autonomías y la integración en la Unión Europea. Esto prueba, junto a todo lo expuesto en las páginas anteriores, que la identidad tiene un carácter fluido y en permanente transformación y adaptación al contexto relacional en el que se desarrolla. Los andaluces se sienten hoy tan andaluces como hace tiempo, pero en un contexto diferente que condiciona de manera distinta cómo la expresan y qué esperan de ella cuando se transforma en acción.

Los relatos identitarios, como motores de la acción social y política, llevan implícitas demandas sociales y aspiraciones hacia cuya solución deben dirigirse esa acción. El relato identitario del subdesarrollo y las carencias que hacían de Andalucía una sociedad más distante y distinta que igual respecto a su entorno español y europeo de referencia, fue el que dio contenido a las propuestas políticas del primer gobierno autonómico. Las políticas públicas se concentraron en la solución de esas carencias.

Estas políticas han cubierto un ciclo en Andalucía. El resultado de su aplicación ha sido la normalización entendida en el sentido de que Andalucía y los andaluces hayamos dejado de ser una excepción y nos hayamos convertido en una comunidad política con problemas y rasgos más o menos similares a los de nuestro entorno. Se han universalizado los grandes servicios públicos de educación y sanidad. Se han desarrollado los servicios sociales y se ha estado a la cabeza en la aplicación de la ley de dependencia. Se han construido infraestructuras de comunicaciones de todo tipo. Se ha avanzado mucho en la conservación del patrimonio cultural y ambiental. Los municipios se han dotado de equipamientos culturales y deportivos más que suficientes y han mejorado notablemente las vías y el mobiliario urbano. Los andaluces disponen en sus hogares de los equipamientos domésticos usuales en los países desarrollados. La culminación de este ciclo supone un giro en la concepción de la identidad andaluza basada en esa excepcionalidad y convoca a la necesaria tarea de modificar sustancialmente el relato identitario tradicional.

Terminado ese ciclo, el nuevo discurso identitario tiene que basarse en la idea de normalización, teniendo en cuenta, no obstante, que se trata de un proceso inacabado y que Andalucía aún mantiene ciertas diferencias con relación a su entorno de referencia. Ambos aspectos deben formar parte del nuevo discurso identitario y de la política de la diferencia a desarrollar para que los andaluces encontremos el equilibrio que mejor nos convenga entre nuestra singularidad y pertenencia local y nuestra pertenencia a la corriente

dominante moderna y global, que exige actitudes no siempre compatibles con nuestra idea de la vida buena.

Los límites de la normalización reflejan la parte inacabada de ese proceso. Las secuelas del pasado que más afectan al presente son las relacionadas con la economía, el desempleo y la educación. Nuestra economía no acaba de resolver el problema del empleo que Andalucía necesita. Estamos en una situación de desequilibrio casi permanente en este aspecto, que deja fuera de la participación en el mercado de trabajo a una buena parte de los andaluces. Este desequilibrio es más grave que el hecho de no haber reducido la brecha de renta entre Andalucía y España en los últimos treinta años.

Hoy es ya lugar común aceptar que la educación, la investigación y la innovación son parte importante en la solución de esos problemas. En cuanto a la educación, una buena parte de andaluces de más de cincuenta años sólo ha tenido acceso a un nivel primario de educación, que implica cierto déficit educativo en nuestros recursos humanos. Debido a la influencia que el entorno familiar y social tiene en los resultados del sistema educativo, estos déficits no han ayudado a que la valoración de la educación sea alta entre la población. Tampoco han ayudado a que la eficacia del sistema al que han accedido los más jóvenes sea plena. Sin pretender que esta sea la única causa del fracaso y el abandono escolar temprano, sin duda forma parte del trasfondo del problema e igualmente permite explicar los déficits que aún tenemos de cualificación del capital humano.

De manera indirecta, el sistema de I+D+I, que es de creación reciente, también se ve afectado por los déficits heredado y actuales de cualificación del capital humano. Este sistema tiene que desempeñar un protagonismo especial en el nuevo ciclo porque, junto con la educación, debe ser el subsistema institucional en que se apoye Andalucía para mejorar su participación en el proceso modernizador y globalizador. El fortalecimiento de la educación y del sistema de I+D+I no puede consistir sólo en políticas incrementalistas que mejoren su financiación. Esto es necesario pero no suficiente. Además de la financiación y de las reformas que sean necesarias para mejorar su eficacia y su rendimiento, hace falta crear un consenso cultural en torno al valor del conocimiento, el trabajo intelectual, el debate crítico, la innovación, la creatividad y el aprecio y respeto por todo ello, como valores sociales necesarios para que ambas puedan desarrollarse.

Los andaluces arrastramos desde hace tiempo un heteroestereotipo y un autoestereotipo que coincide en definirnos por los rasgos de carácter extravertido, alegre y festivo, y discrepamos en que no se nos atribuya el rasgo de «trabajadores», que se atribuye a otras comunidades. El conjunto de marcadores de la identidad son, además del carácter, el patrimonio histórico, el medio natural y el apego a la tradición producto de la importancia de las

fiestas que la recrean. Llama la atención que el menor desarrollo económico no se señale con más intensidad entre estos rasgos. A Andalucía no se la asocia con el dinamismo económico, el emprendimiento o la innovación tecnológica. La identidad andaluza tiene, además, un marcador relacionado con el sentimiento de ser menos en términos económicos y culturales que los otros con los que nos comparamos.

Para una buena parte de los andaluces la vida corriente se basa en el familismo, la convivialidad y su disfrute en el espacio público, una visión del trabajo como bien muy escaso del que lo más importante es tener uno por encima de cualquier otra consideración, y una afición por las fiestas (ferias, verbenas, velás...) y celebraciones religiosas (procesiones, romerías...) al aire libre. La religión influye poco en la vida de los andaluces, en términos de seguimiento de los rituales obligatorios y seguimiento de las normas morales, especialmente las relacionadas con el sexo, pero siguen manteniendo su apego a ella a través de esas celebraciones.

El familismo y la convivialidad crean redes cuyos contactos se utilizan para todo tipo de fines: favores, información, servicios, acceso a puestos de trabajo, gestiones públicas y privadas, acceso a la asistencia sanitaria y tantas otras. Ejercen de mediadores en el acceso a las redes formales previstas para esos asuntos. La convivialidad produce y mantiene relaciones de proximidad gratificantes en muchos sentidos para quienes las practican. Al mismo tiempo, genera dependencias que pueden afectar a las relaciones de carácter profesional, laboral o administrativo, cuando no se saben o se pueden separar las unas de las otras.

Los andaluces tienen unas altas expectativas respecto al papel del Estado en la solución de muchos problemas: reducción de las desigualdades sociales, prestaciones sociales universales, ayuda a los más necesitados o intervención en la economía, entre otras. Sin embargo la cultura política es comparativamente débil, no está a la altura de esas expectativas

Los andaluces tienen unas altas expectativas respecto al papel del Estado en la solución de muchos problemas: reducción de las desigualdades sociales, prestaciones sociales universales, ayuda a los más necesitados o intervención en la economía, entre otras. Sin embargo la cultura política es comparativamente débil, no está a la altura de esas expectativas. Esta cultura es menos participativa, está menos interesada por la política y es tan desafecta como la española. No obstante, en todas estas variables tiene puntuaciones peores que países como los nórdicos, de tamaño poblacional similar e incluso menor que Andalucía, a los que se les reconoce el círculo virtuoso de buena cultura política, alto capital social, Estado de Bienestar desarrollado, economías con bajo desempleo y buen nivel de vida.

Todos estos rasgos constituyen singularidades, diferencias, de Andalucía. La existencia de estos rasgos debe considerarse como un hecho social que afecta a la marca Andalucía y condiciona su encaje y su relación con el entorno nacional e internacional en el que se inserta. En este sentido, se trata de un asunto sobre el que merece la pena reflexionar.

Para esta reflexión lo primero que debe tenerse en cuenta es que hay que valorar el proceso de normalización como un éxito más relativo que pleno, reconociendo lo mucho que queda por hacer y no teniendo miedo a revisar las políticas públicas para ajustarlas a las nuevas exigencias. También debe tenerse en cuenta que los marcadores identitarios, incluidos los relacionados con el carácter, constituyen un activo en el que se valora la capacidad de Andalucía para practicar una vida buena que atrae a quienes la conocen. No obstante, el análisis pone también de manifiesto que estos rasgos de la vida buena pueden ser a veces incompatibles con las exigencias de un modelo dominante que demanda actitudes y conductas más apegadas al trabajo, la productividad, la racionalidad, el mérito y la impersonalidad. En otras palabras, más próximas a la modernidad, que también está presente en Andalucía.

El reto de esta reflexión es doble. Primero, analizar hasta qué punto es posible compatibilizar las contradicciones que se presentan entre los valores de una vida buena centrada en la vida de las personas con las exigencias de un sistema centrado en sus propias necesidades de crecimiento y beneficio, que quiere disponer de esas personas con las mayores exigencias de capacidad y dedicación. Segundo, estudiar los cambios que serían necesarios para llevar a la práctica esa compatibilidad. Esta es la tarea que hay que desarrollar para construir el relato identitario que de sentido al nuevo ciclo que debe iniciarse en Andalucía.

7. Notas

1 Sobre la complejidad, amplitud y usos del concepto de identidad puede verse BRUBAKER, R. y COOPER, F.: «Beyond Identity», *Theory and Society*, 29, 1, 2000, pp. 1-47. La RAE la define como un «Conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás». Es una definición minimalista que recoge lo esencial del concepto ya que los rasgos pueden referirse a pautas, valores y símbolos compartidos que son esenciales para entender la identidad. En sociología y psicología social se ha prestado atención sobre todo a la identidad colectiva mientras que en psicología se ha prestado atención a la identidad individual. Desde la sociología, un buen ejemplo de definición de identidad social es el de DE FRANCISCO, A. y AGUIAR, F.: «Identidad, normas e intereses», *REIS*, 104,03, 2003, pp. 9-27, que la definen, basándose en definiciones previas, como «conjunto R de rasgos compartidos por un conjunto de individuos con un número de miembros suficiente pero indeterminadamente grande (un grupo social), rasgos que permiten a dichos individuos definir suyo social (responder a la pregunta de quién soy) y que, supuestamente se expresan en su comportamiento» (pág. 11). Desde la psicología social, la definición de identidad social canónica para la escuela de la Teoría de la Identidad Social es «el conocimiento que posee un individuo de que pertenece a determinados grupos sociales junto a la significación emocional y de valor que tienen para él/ella dicha pertenencia» (TAJFEL, H.: *Human Groups and Social Categories*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, p. 255).

2 Por ejemplo, en el trabajo de TILLY, Ch.: «Citizenship, Identity and Social History», en TILLY, Ch. (ed.): *Citizenship, Identity and Social History*, Cambridge, The Press Syndicate of the University of Cambridge, 1996, p. 7, se afirma que «el concepto de identidad ha permanecido borroso pero es indispensable en el análisis político y en la historia social». La identidad pertenece al grupo de conceptos a los que se han denominado «esencialmente contestados» que se caracterizan por que no puede prescindirse de ellos aunque el debate sobre su propio estatus como categoría analítica y sobre el alcance de su contenido esté casi permanentemente abierto. Sobre los conceptos esencialmente contestados puede verse el trabajo de GALLIE, W. B.: «Essentially Contested Concepts», *Meeting of the Aristotelian Society*, 12 de marzo, IX, 1956, pp. 167-198, que introdujo este debate.

3 Un análisis más extenso de cómo estos cambios sociales han influido en el debate sobre la identidad puede ver se en CALHOUN, C.: «Social Theory and the Politics of Identity», en CALHOUN, C. (ed.): *Social Theory and the Politics of Identity*, Cambridge, Massachusetts, Wiley Blackwell, 1994, pp. 9-36. También en GIDDENS, A.: *Modernity and Self-Identity*, Standford: Standford University Press, 1991.

4 Al rechazo de la visión esencial había contribuido ya la teoría sociológica tanto desde la teoría de los roles como desde la teoría del construccionismo social. La primera puso pronto de manifiesto que los papeles (roles) que los sujetos desempeñan en la estructura social son una fuente importante para la construcción de la identidad individual y colectiva. Pero los sujetos desempeñan papeles múltiples en la estructura social que a veces tienen perfiles contradictorios cuyo ejercicio no puede reconciliarse. También su contenido cambia a lo largo del tiempo con la consiguiente influencia en el sentido de la identidad. Por ello es ilusorio pensar en una identidad integrada, única y estable. Sobre este tema puede verse BURKE, P. J.: «Identity Processes and Social Stress», *American Sociological Review*, 56, 1991, pp. 836-849. También GIDDENS, A.: *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 2008. La segunda ha señalado que los fenómenos sociales se generan en contextos sociales determinados a través de las interacciones entre los sujetos. Sostiene por tanto que la identidad es producto de una construcción social sometida a cambios por influencias externas e internas, que tiene una base relacional (los sujetos y los grupos la forman por referencia y en relación con otros). El proceso de construcción social está en constante movimiento y por ello es incompatible con una visión esencialista e immanente de los fenómenos sociales en general y de la identidad en particular. El construccionismo en la teoría sociológica tiene una larga tradición, pero una versión esencialmente sociológica desde la perspectiva estructural funcionalista de la construcción social de la identidad es la de EISENSTADT, S. N. y GIESSEN, B.: «The construction of collective identity», *Archives Européennes de Sociologie*, XXXVI, 1, 1991, pp. 72-102. También puede verse CALHOUN, C.: *op. cit.*, 1994, pp. 12-20, para una revisión extensa del debate entre esencialismo y construccionismo con relación a la identidad.

5 En el libro colectivo editado por CALHOUN, C. (ed.): *Social Theory and the Politics of Identity*, 1994, puede verse un tratamiento de diversos aspectos e implicaciones de la política de la identidad. A la política de la identidad no le han faltado los críticos. Los liberales ven en ella una amenaza a la base común y universal necesaria para el funcionamiento de la democracia liberal basada en el reconocimiento de los derechos civiles y la economía de mercado. También creen que el reconocimiento de las diferencias es una amenaza a la unidad nacional, una situación que hace más difícil la gobernabilidad y un obstáculo para que se produzca la integración de todos los grupos que reclaman reconocimiento de la diferencia en la corriente de la cultura dominante (Sobre estas críticas puede verse KENNY, M.: *Politics of Identity: Liberal Political Theory and the Dilemmas of Difference*, 2004; WILEY y SCHLESINGER, A. M.: *The Disuniting of America: Reflections on a Multicultural Society*, Whittle Books, 1991). Desde la izquierda se ha criticado a la política de la identidad porque amenaza con romper la identidad de clase que es necesaria para hacer posible la acción política que resuelva las demandas de la clase trabajadora y porque amenaza también con fracturar la universalidad de los derechos sociales. No obstante, desde el pensamiento de izquierda se han hecho análisis en los que se ha tratado de unir identidad de clase con otras formas de identidad como las que trata la política de la identidad sin temor a que se produzca esa fractura en los derechos sociales (SOMERS, M. R.: «Narrativity, Narrative Identity, and Social Action: Rethinking English Working-Class Formation», *Social Science History*, 16, 4, 1992, pp. 591-630).

6 Una defensa de la importancia de la política de la identidad pese a las críticas anteriores puede verse en «Taking Identity Politics Seriously: the Contradictory, Stony Ground...» en GILROY, P.; GROSSBERG, L. y MCROBBIE, A. (eds.): *Without Guarantees: Essays in Honour of Stuart Hall*, Londres: Verso Press, 2000, pp. 94-112.

7 Sobre los usos de la identidad como categoría analítica y práctica puede verse BRUBAKER, R. y COOPER, F.: *op. cit.*, 2000, pp. 6-9.

8 Es el caso de DE FRANCISCO, A. y AGUIAR, F.: *op. cit.*, 2003, pp. 25-26, que concluyen que «... el poder explicativo independiente de las identidades sociales es marginal... parece más seguro partir de un conjunto de intereses y valores compartido, que de identidades, para ver que se expresa en la acción... Si los acuerdos son contruidos prácticamente, en un proceso de interacción, lo que parece ventilarse son preferencias colectivas y juicios de valor sobre lo conveniente o justo o bueno para todos (para un nosotros dado), más que identidades sociales cuasi objetivas».

9 «The Catalan independence movement has been more 'emotionally' driven than its Scottish equivalent» <<http://blogs.lse.ac.uk/europpblog/2013/10/01/the-catalan-independence-movement-has-been-more-emotionally-driven-than-its-scottish-equivalent>>.

10 SOMERS, M. R.: «The narrative constitution of identity», *Theory and Society*, 23, 1994, pp. 605-649. Ver también TILLY, Ch.: *op. cit.*, 1996, p. 7, en el que define la identidad como «la experiencia que un actor social (individual o colectivo) tiene de una categoría, un vínculo, un papel, una red, un grupo u organización, junto a la representación pública de esa experiencia; la representación pública con frecuencia toma la forma de una historia compartida, un relato».

11 TAYLOR, C.: *Las fuentes del yo*. Barcelona, Paidós, 1996. La vida corriente es la vida doméstica, familiar y civil de la producción y la reproducción.

12 EISENSTADT, S. N. y GIESE, B.: *op. cit.*, 1991, pp. 80-82. El concepto se parece al de tradición de Weber o al de vida corriente de Taylor.

13 TAYLOR, Ch.: *op. cit.*, 1996, pp. 41-48.

14 Aristóteles sostenía que la vida buena (eudaimonia) consistía en algo más que la riqueza, los honores y la fama, o el placer. La vida buena es posible si además de disponer de ciertas condiciones externas (buena crianza, amistades, autonomía económica, suerte) e internas (buen estado físico, habilidades intelectuales, familia) se vive de acuerdo con la razón, que debe servir para el desarrollo de la virtud y el logro de la excelencia a la que el ejercicio de la razón conduce. La virtud en Aristóteles es una cualidad difícil de enseñar, que se adquiere con la práctica cotidiana. Se trata de una educación en el arte de la vida que debe hacerse desde la juventud dentro de una comunidad virtuosa, eligiendo el camino del esfuerzo y el control de los impulsos para desarrollar como una segunda piel la cualidades inspiradas en su ya popular doctrina del término medio: prudencia, frugalidad, cautela, valor, modestia, amabilidad, generosidad, cordialidad y la indignación justificada. También mantenía que la vida buena es al mismo tiempo el resultado de las realizaciones y aportaciones de toda vida, que sólo puede juzgarse cuando se completa.

15 Sobre esta interpretación puede verse MARIAS, J.: «Introducción a la filosofía estoica», en Séneca, *Sobre la felicidad*. Madrid, Alianza, 2010, pp. 7-37.

16 La reformulación actual de la versión aristotélica de la vida buena puede verse en trabajos como BAUER, J. J.; MCADAMS, D. P. y PALS, J. L.: «Narrative Identity anda Eudaimonic Well-Being», *Journal of Happiness Studies*, 9, 2008, pp. 81-104. También BAUER, J. J.; MCADAMS, D. P. y SAKNEDA, A. R.: «Interpreting the Good Life: Growth Memories in the Lives of Mature, Happy People», *Journal of Personality and Social Psychology*, 88, 1, 2005, pp. 203-217. En el trabajo de VEENHOVEN, R.: «*The four qualities of life. Ordering concepts and measures of the good life*», *Journal of Happiness Studies*, 2000, 1, 2000, pp. 1-39, puede verse una propuesta de medición de la vida buena a partir de esa reconstrucción, aunque no la cite.

17 WEBER, M.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona, Península, 1969 (1ª edición 1904).

18 WEBER, M.: *op. cit.*, p. 59.

19 Sobre este debate puede verse la sugerente propuesta de SKIDELSKY, R. y SKIDELSKY, E.: *How Much is Enough? Money and the good life*. New York, Other Press, 2012.

20 Sobre este tema puede verse la excelente obra de BALTANÁS, E.: *La materia de Andalucía. El ciclo andaluz en las letras de los siglos XIX y XX*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2003. También BALTANÁS, E.: *Las columnas de Hércules. Realidad e invención de Andalucía*. Sevilla, Signatura Ediciones, 1999.

21 Esta idea la formuló hace algo más de diez años en PÉREZ YRUELA, M.: «Para una nueva teoría de Andalucía», en MOYANO, E. y PÉREZ YRUELA, M. (eds.): *La sociedad andaluza*, Córdoba, IESA, 2002, pp. 19-20. Se decía que «se puede afirmar que los análisis sobre Andalucía han entrado definitivamente en lo que podría llamarse una *vía de normalización*, en el sentido de que se apoyan en la hipótesis de considerarla una parte más o menos similar a otras regiones de su entorno. Ello prueba que la sociedad andaluza también ha entrado en una vía similar, incorporándose al proceso de convergencia y modernización dentro de su área de inserción natural y al de la *aldea global* de la que también forma parte». Sobre esto véase también el trabajo de M. González de Molina en este mismo libro.

22 Para ser precisos, hay que señalar que este modelo no afectaba a toda la región, pero sí a la parte más importante desde el punto de vista social y económico: el valle del Guadalquivir y sus zonas aledañas, donde entonces se concentraba la mayoría de la población. Con el modelo latifundista coexistían zonas interiores de pequeña y mediana propiedad, en las que se atenúa la polarización de la estructura social por el reparto más equitativo de la propiedad de la tierra. También había zonas de sierra pobres en recursos agrarios, de estructura agraria y social similares, donde los problemas sociales de las zonas de campaña se dejaban ver menos porque concentraban menos población. Finalmente, también formaban parte del paisaje andaluz las zonas costeras, dedicadas a actividades pesqueras y de transporte marítimo, aunque también con importante presencia de la agricultura.

23 Sobre la Historia económica y social de Andalucía hay una amplia bibliografía. Pueden consultarse, entre otras, las siguientes obras: CARRIÓN, P.: *Los latifundios en España (1932)*, Madrid, Gráficas Reunidas; BRENNAN, G.: *El laberinto español*, París, Ruedo Ibérico, 1962; BERNAL, A. M.: *Historia y economía de los latifundios*, Madrid, Espasa Calpe, 1988; DÍAZ DEL MORAL, J.: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1929; MARTÍNEZ ALIER, J.: *La estabilidad del latifundismo*, París, Ruedo Ibérico, 1968; NAREDO, J. M.: *La evolución de la agricultura en España*, Barcelona, Estela, 1971; HERMET, G.: *Problemas del Sur de España*, Madrid, ZYX, 1966. Sobre la evolución de la sociedad rural en España puede verse PÉREZ YRUELA, M.: «La sociedad rural», en GINER, S. (ed.): *España: política y sociedad*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.

- 24 Sobre este tema de importancia decisiva para entender los problemas de Andalucía puede verse MALEFAKIS, E.: *Reforma agraria o revolución campesina en la España del siglo XX*. Barcelona, Ariel, 1970; PÉREZ YRUELA, M.: *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba, 1931-1936*. Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979; CARRIÓN, P.: *Reforma Agraria: problemas fundamentales*. Madrid, Estudios Políticos, Sociales y Económicos, 1931; DÍAZ DEL MORAL, J.: *Las reformas agrarias europeas de la posguerra: 1918-1929*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1934.
- 25 Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía (IECA), Evolución histórica de las componentes del crecimiento de la población <www.ieca.es>.
- 26 IECA, Contabilidad Regional Anual de Andalucía, Serie 1995-2012, Producto interior bruto a precio de mercado y sus componentes <www.ieca.es>.
- 27 Los datos para 1981 son del censo de población de ese año. Instituto Nacional de Estadística (www.ine.es/inebaseweb/hist.do) y los de 2012 son de la Encuesta de Población Activa.
- 28 INE, Economía, Contabilidad Nacional de España, Producto interior bruto a precios de mercado y sus componentes <www.ine.es>.
- 29 IECA, Sociedad, Mercado de trabajo, El mercado de trabajo en Andalucía: datos estructurales, Beneficiarios del subsidio de trabajadores eventuales agrarios <www.ieca.es>.
- 30 Sobre este tema puede verse PÉREZ YRUELA, M. y TRUJILLO, M.: «Elecciones andaluzas 2012: el peso y la inercia del voto ideológico» en VALENCIA SAIZ, A. (coord.): *Elecciones en España y en Andalucía 2012. Análisis y tendencias de cambio*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2013, pp. 55-94.
- 31 INE. Censo de Población 2011. Comparando datos de los censos de 1981 y 2011, la población viviendo en municipios de hasta 20 mil habitantes ha descendido del 41 al 34 % entre 1981 y 2011, que refleja un cierto cambio y al mismo tiempo la permanencia e importancia de la Andalucía rural, ya que casi la totalidad de esta población vive en municipios del interior. La que vive en los municipios intermedios de 20 a 100 mil habitantes ha pasado del 24 al 31,8 % y la que vive en municipios de más de 100 mil se ha mantenido en torno al 35 %. El cambio se ha producido en el sistema de ciudades medias, que se ha consolidado. Por otra parte, en la costa se ha concentrado buena parte de la población que representa algo más un tercio de la población andaluza, la casi totalidad asentada en municipios de más de 20 mil habitantes. Esta población manifiesta actitudes y opiniones diferenciadas respecto a la Andalucía interior, según los estudios de opinión disponibles.
- 32 Desde 1976 a 2010 pueden citarse los siguientes cambios en indicadores demográficos: la esperanza de vida al nacer de los andaluces ha pasado de 68,42 a 77,69 años para los hombres y de 74,45 a 83,62 para las mujeres. En España ha variado de 69,23 a 78,94 años en los hombres y 74,80 a 84,91 en las mujeres; ha descendido casi a la mitad el número de matrimonios por cada mil habitantes (ha pasado de 6,85 a 3,56), aunque la cifra es ligeramente más baja que la media española (3,63); ha aumentado la edad media de hombres y mujeres al matrimonio en algo más de 6 años (en 2010 estaba en 32,27 y 30,1 años respectivamente), un año menos en cada caso que la media española; la proporción de matrimonios civiles en 2010 era del 45,44 %, tres veces más que en 1991, pero trece puntos menos que la media española en 2010 (58,41 %); ha aumentado en casi 4 años la edad de las mujeres al nacimiento del primer hijo, que en 2010 era de 30,73 años, medio año menos que la media española; ha descendido el número de hijos por mujer que, medidos por el indicador coyuntural de fecundidad, se ha reducido en algo más de la mitad, pasando de 3.16 a 1.44, que es todavía ligeramente superior al de España (1.38); la proporción de nacimientos de madre no casada era en 2010 del 33,47 %, cuatro veces mayor que en 1991, pero ligeramente menor que la media española en ese año (35,51 %); el tamaño medio en 2010 del hogar andaluz era 2,83, el segundo más alto de España (2,67); en 2010, la tasa de interrupción voluntaria del embarazo por cada mil mujeres de 15 a 49 años era 10,02, casi igual que la media española (9,93); la población andaluza es algo más joven que la española: el índice de juventud de Andalucía era en 2010 de los más altos de España y bastante más alto (112,98) que la media (89,35); el índice de dependencia era en esa fecha algo menor en Andalucía (47,89) que en España (49,06). Todos los datos anteriores proceden de «INE, Sociedad, Análisis Sociales, Indicadores Sociales, Datos por comunidades autónomas y provincias» <www.ine.es>. El índice de juventud es la proporción de población menor de 20 años con relación a la de sesenta años y más. El índice de dependencia es el porcentaje de población menor de 16 años más la de 65 años y más con relación a la población de 16 a 64 años.
- 33 INE, Sociedad, Análisis Sociales de Andalucía, Indicadores Sociales, Datos por comunidades autónomas y provincias, Formación <www.ine.es>.
- 34 IECA, Sociedad, Indicadores Sociales de Andalucía, Educación <www.ieca.es>.
- 35 INE, Estadística sobre actividades de investigación científica y desarrollo tecnológico. Para un análisis más detallado del sistema andaluz de I+D+I puede verse M. Pérez Yruela y M. Fernández Esquinas (2013), *Evaluación Intermedia del Plan Andaluz de Investigación, Desarrollo e Innovación PAIDI (2007-2013)*. Córdoba, IESA-Informes y Monografías.
- 36 La proporción exacta era 64,8 %. CIS. Estudio nº 1421, Barómetro de Andalucía I, julio de 1984, pregunta P3. El entrecorrido del texto corresponde con la redacción de la pregunta.
- 37 CIS. Estudio nº 1421, Barómetro de Andalucía I, julio de 1984, pregunta P3A.
- 38 Centro de Estudios Andaluces (2013), Encuesta de la Realidad Social en Andalucía 2013. Estado autonómico e identidad cultural y política. Sevilla, FCEA, 21-23. La comparación hay que hacerla con la salvedad de que la pregunta se formula de manera diferente. En el primer caso se preguntaba por las diferencias respecto a otras comunidades y en el segundo por los rasgos identitarios más importantes.
- 39 Sobre las características del medio natural de Andalucía como marcador identitario puede verse SERMET, J.: «Andalucía como hecho regional», en MORENO, I.: *La identidad cultural de Andalucía*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2011, pp. 131-143 (1ª edición, 1975).
- 40 PÉREZ YRUELA, M.; SÁEZ MÉNDEZ, H. y TRUJILLO, M.: *Pobreza y exclusión social en Andalucía*. Madrid, Servicio de Publicaciones CSIC. Colección Politeya, 2002.
- 41 CIS. Estudio nº 2123, Estereotipos regionales, noviembre de 1994, preguntas P13a, P13c, P13d, P13g, P14a. Los datos de la tabla proceden de SANGRADOR GARCÍA, J. L.: *Identidades, actitudes y estereotipos en la España de las autonomías*. Madrid, CIS Serie opiniones y actitudes, 1996, pp. 95-136.
- 42 CIS. Estudio nº 2123, Estereotipos regionales, noviembre de 1994, preguntas P9a, P16a, P16b, P17 y P21a.
- 43 IESA, Estudio nº E-1018, Percepción social de la imagen de Andalucía en España, julio de 2010. Los españoles atribuyen a los andaluces ser alegres (39 %), hospitalarios (21 %), extrovertidos (24 %), divertidos (16 %) y trabajadores (7 %). Pregunta P17.
- 44 Todos los datos de este párrafo proceden de IESA, Estudio nº E-1018, julio de 2010, Percepción social de la imagen de Andalucía en España.
- 45 Estos datos proceden de IESA, Estudio nº E-1201, Barómetro Andaluz de Cultura 2012. Para un análisis detallado de los resultados de este barómetro puede verse IESA, Estudio nº E1208, *Los andaluces y la cultura*, marzo de 2012.
- 46 Encuesta Social Europea 2003. Datos de la submuestra para Andalucía. Preguntas PE13 a PE19. En estudio participaron 20 países europeos, incluido España. El Centro de Estudios Andaluces colaboró para que se realizara una submuestra andaluza de 3.200 casos. En la encuesta participaron Suiza, Bélgica, República Checa, Alemania, Dinamarca, Finlandia, Reino Unido, Grecia, Irlanda, Israel, Italia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Polonia, Portugal, Suecia, Eslovenia y España. Un análisis detallado de los resultados de la encuesta en Andalucía puede verse en la obra colectiva coordinada por ANDREU, J. (coord.): *Desde la esquina de Europa. Análisis comparado del capital social en Andalucía, España y Europa*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2005.
- 47 IESA, Estudio E-0412, BOPA 2004. Preguntas P41A y P41B.
- 48 Ministerio de Sanidad, Asuntos Sociales e Igualdad, Interrupción Voluntaria del Embarazo. Datos definitivos correspondientes a 2011. Tabla G4.
- 49 IECA, Encuesta de empleo del tiempo en Andalucía 2009-2010. Tabla 1.1 <<http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/eet/2009-2010/index.htm>>.
- 50 IECA, Encuesta Social 2007. Una visión de Andalucía. Tablas 1.20 y 1.21 <<http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/encsocial/2007/tablas/index.htm>>.
- 51 IECA, Encuesta Social 2007. Una visión de Andalucía. Tablas 1.13 <<http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/encsocial/2007/tablas/index.htm>>.
- 52 Encuesta Social Europea 2003. Datos de la submuestra para Andalucía. Pregunta PC2.
- 53 IECA, Encuesta de empleo del tiempo en Andalucía 2009-2010. Tabla 1.1 <<http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/eet/2009-2010/index.htm>>.
- 54 La proporción del gasto en estos conceptos sobre el gasto total es, para el primer cuartil, de 5,83 para Andalucía y 5,44 para España; el segundo cuartil es de 7,86 % y 7,41 %; en el tercer cuartil es 9,91 % y 9,07 %; en el cuarto cuartil es de 10,55 % y 10,14 %.
- IECA. Indicadores sociales de Andalucía. Riqueza, renta y consumo. Consumo y nivel de vida material. Gasto de los hogares en hoteles, bares y restaurantes <<http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/indsoc/index.htm>>.
- 55 IECA. Indicadores sociales de Andalucía, Riqueza, renta y consumo, Valor añadido bruto por habitante a precios básicos <<http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/indsoc/index.htm>>.
- 56 Síntesis elaborada a partir de los datos de la EPA.
- 57 IESA, Estudio E-0412, BOPA 2004. Pregunta P43.
- 58 Estos datos proceden de IESA, Estudio nº E-0211, BOPA de 2002, Pregunta P47 y Estudio nº E-0412, BOPA de 2004. Preguntas P43, P44Bis y P45.
- 59 Según datos del CIS, la proporción de andaluces que se declaraban católicos era el 89,2 % en 1992 (CIS, Estudio nº 2025, pregunta 43) y el 78,8 % en 2012 (CIS, Estudio nº 2956, pregunta 47). El BOPA del IESA de 2012 (IESA, Estudio E-1211, Tabla T7) daba un cifra algo más baja, del 74,4 %.
- 60 El dato para España procede de CIS, Estudio nº 2993, 2013. Pregunta 27a. Para Andalucía, CIS, Estudio nº 2956, 2012, pregunta 47a.
- 61 Sobre este tema puede verse CASTÓN, P.: «La iglesia católica en Andalucía», en MOYANO, E. y PÉREZ YRUELA, M. (eds.): *La sociedad andaluza*, Córdoba, IESA, 2002, pp. 127-138. También CASTÓN, P. y LÓPEZ DOBLAS, J.: «La religiosidad en Andalucía. Valores y participación», en J. ANDREU, J. (coord.): *Desde la esquina de Europa. Análisis comparado del capital social en Andalucía, España y Europa*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2005.
- 62 Sobre este tema puede verse RODRÍGUEZ BECERRA, S.: «La religión de los andaluces», en MOYANO, E. y PÉREZ YRUELA, M. (comp.): *La sociedad andaluza*, Córdoba, IESA, 2002, pp. 139-157. También RODRÍGUEZ BECERRA, S.: *La religión de los andaluces*. Sevilla, Editorial Sarriá, 2006.
- 63 Estos datos proceden de IESA, Estudio nº E-0728, BOPA DE 2007. Preguntas P58, P59 y P60.
- 64 IESA, Estudio nº E-0211, BOPA 2002. Pregunta P47.
- 65 IESA, Estudio nº E-0312, BOPA 2013. Preguntas P43 y P45.
- 66 Valgan algunos indicadores concretos como muestra. En 2012, el número de médicos colegiados por cada 10.000 habitantes era 38,9 en Andalucía y 49,0 en España; el número de ATS's era 41,4 en Andalucía y 56,8 en España; la densidad de la red de carreteras era de 26,932 km/km2 en Andalucía y de 32,727 en España; el número de turistas por cada mil habitantes era 449,20 en Andalucía y 475,81 en España; el número de motocicletas por cada mil habitantes era 63,91 en Andalucía y 61,01 en España; casi todos los hogares disponen de teléfono (fijo o móvil), lavadora y televisión y en torno al 80 % tenía coche en Andalucía y España. Estos datos proceden de IECA, Indicadores Sociales de Andalucía <<http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/indsoc/index.htm>>.
- 67 Estas valoraciones se pueden ver en las series históricas de los Barómetros de Opinión Pública realizados por el IESA desde 1996. Una síntesis de esta información se ha recogido en GÓMEZ, B. y CABEZA, L.: *Andalucía sin tópicos*, Córdoba, Almuzara, 2010.
- 68 IESA, Estudio nº E-1022, BOPA 2010; IESA, Estudio nº E-0831, BOPA 2008.

- 69 Encuesta sobre Calidad de vida en Andalucía. IESA, 1998. En esta encuesta puede verse información más detallada sobre satisfacción subjetiva de los andaluces con diversos aspectos
- 70 Los datos de 2003 y 2009 proceden de la Encuesta Social Europea.
- 71 Centro de Estudios Andaluces. Encuesta de la Realidad Social de Andalucía 2013. Tabla 3.
- 72 Sobre este tema puede verse WILKINSON, R. y PICKETT, K.: *The spirit Level. Why Equality is Better for Everyone*. Londres, Penguin Books, 2010.
- 73 PÉREZ YRUELA, M. y TRUJILLO, M.: «Elecciones andaluzas 2012: el peso y la inercia del voto ideológico», *op. cit.*, 2013.
- 74 Los datos que se dan a continuación proceden de IESA, Estudio nº E-0613, BOPA 2006. Pregunta P56-B.
- 75 CIS, Estudio nº 2.956, Barómetro Autonómico III. Andalucía 2012. Pregunta 11cA. La identificación se mide en una escala de 0 a 10, donde 10 es la máxima identificación y 0 la mínima.
- 76 Estos datos proceden de IESA, Estudio E-0108, BOPA 2001. Estos datos son muy parecidos a los obtenidos en dos estudios del CIS de 1984 (estudio nº 1.421) y 1996 (Estudio nº 2.228).
- 77 Estos datos proceden de CIS, Estudio nº 2.228, Conciencia Nacional y Regional. Andalucía 1996. Preguntas 35, 38 y 38a.
- 78 CIS, Estudio nº 2.829, Barómetro Autonómico II. Andalucía 2010. Pregunta 18.
- 79 Sobre porque el sentimiento andalucista no ha fraguado en un proyecto político nacionalista puede verse AGUIAR, F. (IESA-CSIC) y ESPINOSA DE LOS MONTEROS, E. (IESA-CSIC): *Identidad andaluza y realidad nacional*. IESA. Mimeo, 2009. Concluyen que «Existe un sentimiento andaluz colectivo de naturaleza cultural que se ha desarrollado social e históricamente en un territorio bien delimitado. Se puede hablar con propiedad, entonces, de la existencia de una identidad andaluza con perfiles claros. Pero esa identidad no se expresa en absoluto a través de alguna forma de nacionalismo andaluz» (p. 17).
- 80 Según el EGOPA Verano 2013 (tablas 8.1 y 8.2), algo más de la mitad de los andaluces (55 %) siguen pensando que la pertenencia a la Unión Europea es «algo bueno». Esta valoración ha caído mucho en los últimos años, perdiendo unos veinticinco puntos porcentuales (ha pasado del 80,5 % en 2006 al 55 % en 2013). También ha descendido mucho la proporción de los que valoran positivamente las consecuencias de nuestra pertenencia a la UE, que se sitúa en 2013 en un 34,4 % frente al 38,7 % que la valora negativamente. Desde 2007, la valoración positiva ha bajado unos veinticinco puntos y la negativa ha subido treinta <http://cadpea.ugr.es/documentos/EGOPA/EGOPA_62/CUADERNILLO_%20EGOPA_%20VER13.pdf>.
- 81 CIS, Estudio nº 2.956, Barómetro Autonómico III. Andalucía 2012. Pregunta 16.
- 82 Datos para 2005 de CIS, Estudio nº 2.610, Barómetro Autonómico 2005. Andalucía. Pregunta 14.
- 83 CIS, Estudio nº 2.610, Barómetro Autonómico 2005. Andalucía. Pregunta 13 y CIS, Estudio nº 2.228, Conciencia Nacional y Regional. Andalucía 1996. Pregunta 39.
- 84 Los datos para 2002 son de CIS, Estudio nº 2.455, Instituciones y autonomías. Andalucía 2002. Preguntas 19 y 26. Para 2012, CIS, Estudio nº 2.956, Barómetro Autonómico III. Andalucía 2012. Preguntas 16cA y 17.
- 85 Los que pensaban que la corrupción estaba muy o bastante extendida eran el 70,0 % para el ámbito local, el 79,9 % para el autonómico y el 79,5 % en el nacional. Estas cifras eran respectivamente en 2010 el 57,6 %, el 59,9 % y el 63,7 %. Los datos proceden de CIS, Estudio nº 2.956, Barómetro Autonómico III. Andalucía 2012. Pregunta 35, y Estudio nº 2.829, Barómetro Autonómico II. Andalucía 2010. Pregunta 31.
- 86 *El País*, 17 de junio de 2013.
- 87 IECA, Encuesta Social 2007. Una visión de Andalucía. Tablas 4.13 y 4.14 <<http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/encsocial/2007/tablas/index.htm>>.
- 88 Encuesta Social Europea 2003. Submuestra para Andalucía. Preguntas PA8, PA9 y PA10.
- 89 IESA, Estudio nº 0004, BOPA 2000. Preguntas P47 y P 48.
- 90 Sobre este tema puede verse FERNÁNDEZ PRADOS, J. S.: «Participación social y asociacionismo andaluz en el marco de Europa y la teoría del capital social» en ANDREU, J. (coord.): *Desde la esquina de Europa. Análisis comparado del capital social en Andalucía, España y Europa*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2005, pp. 123-153. También FERNÁNDEZ PRADOS, J. S.: *Asociacionismo y participación social en Andalucía*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2010.
- 91 CIS, Estudio nº 2.956, Barómetro Autonómico III. Andalucía 2012. Preguntas 21, 22 y 23.
- 92 Encuesta Social Europea (European Social Survey). Oleada 2010-2011. Pregunta B1-1 <<http://www.europeansocialsurvey.org/>>.
- 93 CIS en convenio con IESA, Estudio nº 2.790, Calidad de la Democracia 2009. Pregunta P7.
- 94 Sobre la calidad de la democracia en España puede verse GÓMEZ, B.; PALACIOS, I.; PÉREZ YRUELA, M. y VARGAS MACHUCA, R.: *Calidad de la democracia en España. Una auditoría ciudadana*. Barcelona, Ariel, 2010.
- 95 IESA, Estudio nº E-1201, BOPA 2012. Pregunta P40-1.
- 96 Sobre la cultura política en Andalucía y los temas que se plantean aquí puede verse NAVARRO YÁÑEZ, C. y PÉREZ YRUELA, M.: «Cultura política en Andalucía», en MOYANO, E. y PÉREZ YRUELA, M. (comp.): *op. cit.*, 2002, pp. 107-123.

NÚMEROS PUBLICADOS

...

- 18: La ciudadanía andaluza hoy
- 19: Comentarios a la Ley para la igualdad efectiva entre mujeres y hombres
- 20: Preocupaciones sociales sobre la infancia y la adolescencia
- 21: La inversión en formación de los andaluces
- 22: Poder Judicial y reformas estatutarias
- 23: Balance de la desigualdad de género en España. Un sistema de indicadores sociales
- 24: Nuevas Tecnologías y Crecimiento Económico en Andalucía, 1995-2004
- 25: Liderazgo político en Andalucía. Percepción ciudadana y social de los líderes autonómicos
- 26: Conciliación: un reto para los hogares andaluces
- 27: Elecciones 2008 en Andalucía: concentración y continuidad
- 28: La medición del efecto de las externalidades del capital humano en España y Andalucía. 1980-2000
- 29: Protección legislativa del litoral andaluz frente a las especies invasoras: el caso Doñana
- 30: El valor monetario de la salud: estimaciones empíricas
- 31: La educación postobligatoria en España y Andalucía
- 32: La pobreza dual en Andalucía y España
- 33: Jubilación y búsqueda de empleo a edades avanzadas
- 34: El carácter social de la política de vivienda en Andalucía. Aspectos jurídicos
- 35: El camino del éxito: jóvenes en ocupaciones de prestigio
- 36: Mutantes de la narrativa andaluza
- 37: Gobernanza multinivel en Europa. Una aproximación desde el caso andaluz
- 38: Partidos políticos, niveles de gobierno y crecimiento económico regional
- 39: Bilingüismo y Educación. Incidencia de la Red de Centros Bilingües de Andalucía
- 40: Marroquíes en Andalucía. Dinámicas migratorias y condiciones de vida
- 41: Obstáculos y oportunidades. Análisis de la movilidad social intergeneracional en Andalucía
- 42: El vandalismo como fenómeno emergente en las grandes ciudades andaluzas
- 43: Transformando la gestión de recursos humanos en las administraciones públicas
- 44: Valores y conductas medioambientales en España
- 45: ¿Sabemos elegir? Introducción al estudio de la conducta económica de las personas
- 46: Metro ligero e innovación para la movilidad sostenible de las áreas metropolitanas andaluzas
- 47: El papel de las regiones en la actual Unión Europea
- 48: Nuevos enfoques en el diseño de los copagos farmacéuticos
- 49: La inmigración en Andalucía. Un análisis con datos de la Seguridad Social (2007-2008)
- 50: Arte contemporáneo y sociedad en Andalucía
- 51: La creación de una nueva realidad empresarial. El caso de Andalucía
- 52: Nuevos modelos de familia en Andalucía y políticas públicas
- 53: Rasgos básicos del envejecimiento demográfico y las personas mayores en Andalucía
- 54: Género, salud y orden social. El caso del modelo clínico de transexualidad
- 55: Gestión del pluralismo religioso en el ámbito autonómico y local
- 56: La educación como factor determinante de la movilidad intergeneracional en Andalucía
- 57: Las compañías de bajo coste en los aeropuertos andaluces
- 58: La construcción del sujeto político entre los jóvenes en riesgo
- 59: La disposición a pagar por el medio ambiente. Un análisis con datos de Andalucía
- 60: La inmigración en Andalucía. Un análisis con datos de la Seguridad Social en 2009
- 61: Percepción de la desigualdad y demanda de políticas redistributivas en Andalucía
- 62: Las violencias masculinas y la prevención de la violencia contra las mujeres
- 62: Las violencias masculinas y la prevención de la violencia contra las mujeres
- 63: La población infantil ante las nuevas tecnologías de la información. Una aproximación a la realidad de los nativos digitales andaluces
- 64: El contacto de la ciudadanía con los ayuntamientos como forma de participación política en Andalucía
- 65: Hacia un modelo de movilidad urbana sostenible
- 66: Las transiciones hacia el empleo de la juventud andaluza
- 67: El sector de los alimentos ecológicos en Andalucía: diagnóstico, retos y estrategias
- 68: Percepción de los españoles y andaluces ante la pobreza
- 69: La presencia de las mujeres en los ayuntamientos andaluces (1979-2011)
- 70: Un relato sobre identidad y vida buena en Andalucía

IDAD



El golpe. Cultura del entorno



Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA